1790

EL TEATRO.

COLECCION

de obras dramáticas y líricas.

CARLOTA

DE

SAINT-ALBERT.

Melodrama

EN CINCO ACTOS Y UN PRÓLOGO

POR

D. JOAQUIN COELLO.

Precio [illegible] ptas.

BARCELONA.
IMPRENTA DE SALVADOR MANERO.
Lauria, 82. (Plaza de Cerdá.)
1885.

CARLOTA

DE

SAINT-ALBERT.

Melodrama

EN CINCO ACTOS Y UN PRÓLOGO

POR

D. JOAQUIN COELLO.

Estrenado con brillante éxito el 3 de Octubre de 1885 en el Teatro Español, y el 19 del mismo en el Romea.

BARCELONA.
IMPRENTA DE SALVADOR MANERO.
Lauria, 82. (Plaza de Cerdá.)
1885.

La propiedad de las obras siguientes, pertenecen tambien á D. M. G.

	Actos.
Barcelona que rie y Barcelona que llora.	4
Carlota de Saint-Albert.	6
Cárlos de España.	4
Cataluña independiente	5
Digna de Deu.	3
Dramas de taberna.	5
El conde de Cabra, (*mágia*)	4
El pendon de Santa Eulalia.	3
El padre Gallifa.	3
El Infierno, (*mágia*).	4
El pirata negro.	4
Fueros y desafueros.	4
Garibaldi herido.	4
Juana Eyre.	4
La espada de Berenguer	3
La heroina de Barcelona	3
Los estranguladores.	5
Los pastorcillos Borrego y Bato.	5
La ley natural.	3
La redencion de un alma	3
Las faltas de los padres.	3

	Actos.
Los trescents del Bruch.	4
Los caballeros de la niebla.	10
La perla negra.	7
Los murciélagos.	8
Los secuestradores, (*zarzuela*).	3
La campana de Saint-Germain	8
La hija de un pastor.	8
La nada entre dos platos	3
La jamancia de Barcelona.	5
La hija del obrero.	6
La independencia de Nápoles ó el pirata levantino.	5
La virtud aragonesa.	5
Los mohicanos de París	8
Los artesanos.	4
Mágica bufa	4
Mártires y delincuentes	4
Romansos.	3
Santa Isabel.	4
Vario, nubes y vientos.	3

EN UN ACTO.

—

Angels de Deu.
Ayuno forzoso.
Cédulas de vecindad.
Caminar per mal camí.
Deu té un bastó.
El camino del Parnaso.
El autor de mis dias.
Industria, comercio y artes
La perla de Badalona.
La madeixa dels embulls.
Las peras á cuarto.
La voz del deber.
Las hienas de Orán.
Mentir con suerte.
Nueva táctica.
¡¡R. I. P!!
¡Un crímen!
Un clau al pany.

Al Sr. D. Miguel Gasset,

en testimonio de afecto y gratitud dedico este modesto trabajo literario

Joaquin Coello.

809145

REPARTO.

PERSONAJES.	TEATRO ESPAÑOL.	TEATRO ROMEA.
JOSEFINA. . . .	D.ª Antonia Verdier. .	D.ª Concha Pallardó.
JUANA.	Srta. María Cuello.	» Cármen Parreño.
CATALINA. . .	» Raimunda Molgosa	Srta. Concha Palá.
CARLOTA. . . .	» Aurora Salas.	» Luisa Miserachs.
RELIGIOSA. . .	Sra. Esperanza Cabello.	D.ª Franc.ª Fernandez.
SANTIAGO. . .	Don Vicente Miquel. . .	Don Teodoro Bonaplata
GUSTAVO. . . .	» Manuel Panadés. .	» Juan Isern.
PAOLO.	» José Guardia.	» Jaime Virgili.
PIETTRO. . . .	» Jaime Molgosa. . .	» Federico Fuentes.
ALBERTO. . . .	» Antonio Sellas. . .	» Joaquin Pinós.
ROBERTO. . . .	» Francisco Guitart.	» José Sadurní.
ADOLFO.	» Juan Serra.	» Ramon Valls.
CRISTOBAL. . .	» Federico Busutil. .	» Juan Molas.
ALCALDE. . . .	» Evaristo Bueno. . .	» Feliu Llátzer.
MAGISTRADO.	» Narciso Perez. . . .	» Luis Muns.
LUCAS.	» Pedro Lázaro.	» Ventura Baró.
CONVIDADO. .	» Juan Prats.	El mismo.

Convidados, aldeanos y alguaciles.

En una de las representaciones en el Teatro Español desempeñaron los papeles de *Piettro* el Sr. D. Juan Gonzalez y el de *Catalina* la Srta. Concha Periu.

EPOCA. Francia: Luis XIV.–España: Felipe V

Derecha é izquierda del actor.

Esta obra es propiedad de D. Miguel Gasset y nadie puede sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar.

El comisionado para el cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares es D Florencio Fiscowich, propietario de la Galería EL TEATRO.

PRÓLOGO.

Dos gritos de agonía.

Mar en el fondo: promontorios de grandes rocas. A la izquierda, una choza casi arruinada con puerta de entrada á su derecha y otra en el interior á la izquierda: ventana en la pared del centro desde la cual se divisa parte del exterior. Una arquilla y un lío de ropa.

ESCENA I.

CARLOTA y JOSEFINA.

(*Ambas sentadas sobre la arquilla.*)

CARLOT. ¡Oh! ¡qué horrible noche!

JOSEFINA. No ha sido mala fortuna el haber tropezado en estas soledades con la choza que nos cobija, pues aunque ruinosa y deshabitada, nos podrá guarecer de la tempestad que amenaza desencadenarse.

CARLOT. (*Inclinando tristemente la cabeza.*) Tengo frío.

JOSEFINA. No es extraño, nuestros vestidos empapados en agua van secándose al calor del cuerpo; aquella ventana (*señalando la del fondo*) no tiene postigos y esa entrada (*indicando la que comunica con el exterior*) carece de puerta y así por una y otra parte penetra libremente el aire húmedo y helado de la noche. Despues de todo, señorita, debemos considerarnos felices. El bergantin que nos conducía á Burdeos reposa en lo profundo de los mares y de las tres lanchas tripuladas por los náufragos, solamente la nuestra se ha salvado.

CARLOT. Gracias á los desesperados esfuerzos de los dos hombres que manejaban los remos. Tu marido...

JOSEFINA. (*Con despreciativo acento*) Rosseti es un pobre diablo,

un cobarde, al cual sentarian á maravilla unas faldas.

CARLOT. Haces mal en tratarle despreciativamente. Es buen muchacho, honrado, de genial festivo.

JOSEFINA. Su carácter se aviene muy mal con el mio.

CARLOT. ¿Por qué, pues, le aceptaste por esposo?

JOSEFINA. Por... fué una locura de la que estoy cada dia mas arrepentida; en fin, no nos ocupemos de quien tan poco lo merece. (*Pequeña pausa.*)

CARLOT. ¡Dios mio! qué situacion tan angustiosa la nuestra... aquí... solas, y... yo... yo... cada vez me siento peor. Mucho tardan nuestros compañeros.

JOSEFINA. La noche está oscura y recorrer terreno completamente desconocido no es cosa fácil.

CARLOT. Cierto.

JOSEFINA. No querrán regresar sin traernos buenas nuevas.

CARLOT. (*Con gran desaliento.*) Buenas nuevas... yo no las espero.

JOSEFINA. No creo sea difícil que encuentren los socorros de que hemos menester; acaso mañana mismo nos sea dado continuar nuestro viaje, y una vez terminado os aguardan las consideraciones, los placeres, la dicha.

CARLOT. ¡La dicha!... no la espero... la felicidad parece huir de mí.

JOSEFINA. ¿Desconfiais de Mr. Deperville?

CARLOT. ¡Mr. Deperville!... no le he visto jamás ni á él ni á su hijo y ambos me inspiran ciega confianza y profundo afecto. El primero y mi padre fueron grandes amigos, pero..

JOSEFINA. ¡Ah! ya comprendo cual idea os mortifica.

CARLOT. ¡La comprendes!

JOSEFINA. Cuando hace algunos meses entré á vuestro servicio en Nápoles, me dijisteis que apenas se habian pasado algunos días de vuestro arribo allí desde lejanas tierras.

CARLOT. De la Martinica.

JOSEFINA. En cuyo país no dejabais pariente alguno.

CARLOT. (*Con gran amargura.*) Allí solo dejé los recuerdos de mi infancia y las cenizas de la madre de mi alma, así como quedan en Italia las de mi venerado y amante padre.

JOSEFINA. Comprendo que os aflija el pensar las dudas que respecto á la identidad de vuestra persona puedan ocurrírsele á Mr. Deperville.

CARLOT. ¡Dudas!

JOSEFINA. No hemos podido salvar, como lo ha hecho Paolo, nuestro equipaje, en alguno de cuyos cofres supongo estarían los papeles que acreditan vuestra personalidad.

CARLOT. No.

JOSEFINA. ¡No! (*Con gran sorpresa.*)

CARLOT. Los documentos que me interesan, se hallan guardados en una cartera que va junto á mi corazon. Mírala (*Saca una cartera y despues de besarla apasionadamente, dice:*) Ella encierra la última carta que desde el lecho de muerte y dirigida á Mr. Deperville escribió mi amado padre.

JOSEFINA. (*Su mirada parece revelar por un instante el mal pensamiento que acaba de cruzar por su mente.*) ¡Ah! ¿en esa cartera...?

CARLOT. Vá todo lo necesario para que Mr. Deperville dé el nombre de hija querida á quien se la presente. Pero... mi salud quebrantada desde hace algun tiempo, se ha empeorado hasta el extremo que me hace preveer mi próximo fin.

JOSEFINA. (*Acentuando mucho las frases*) ¡Dios mio! ¡estais helada!... temblais...

CARLOT. Parece que el hielo de la muerte empieza á paralizar mi sangre.

JOSEFINA. Aquí circula mucho aire. En aquella habitacion estareis mas abrigada; su pavimento está casi cubierto de paja; este lio puede serviros de almohada. Venid, venid; apoyaos en mi brazo.

CARLOT. Si, si, mi buena Josefina.

JOSEFINA. (*Recogiendo el lio que está encima de la arquilla.*) Vamos.

CARLOT. Apenas puedo sostenerme de pié.

JOSEFINA. Afortunadamente es poco el trecho que necesitais trasponer para hallar descanso.

CARLOT. Qué buena eres...

JOSEFINA. Os amo tanto...

CARLOT. No quedará sin recompensa tu tierna solicitud; yo labraré tu fortuna.

JOSEFINA. (Así lo espero.) (*Entra Carlota por la puerta izquierda.*)

ESCENA II.

JOSEFINA. (*Mirando hácia el sitio en que se supone ha quedado Carlota.*)

¡Mi fortuna! ¡Oh! si, bien pudiera suceder... (*Cierra la puerta, se adelanta hácia el proscenio y se sienta en la arquilla. Adopta una actitud meditabunda Pequeña pausa.*) «Vá todo lo necesario para que Mr. Deperville dé el nombre de hija á quien se la presente.» Así ha dicho. Venimos á tener la misma edad... Nadie la conoce en Burdeos... No tiene parientes... Se ha educado en un convento, del cual salió para embarcarse con rumbo á Europa... Las beatísimas madres que la conocen no

dejarán seguramente su sagrado asilo para cruzar los mares y venir á desmentir á quien diga: «Yo soy Carlota de Saint-Albert.» (*Despues de un corto silencio, exclama.*) Yo puedo ser de extraccion tan baja y miserable como se quiera, pero mi sér se rebela contra todo lo que sea someterse á la voluntad agena. Siento sed insaciable de placeres, el fausto y las riquezas me deslumbran, me fascinan; quiero apurar la copa de los mundanos deleites; soy animosa, audaz y á trueque de ver cumplidos mis deseos no dudaría en asociarme aunque fuese con el mismo ángel de las tinieblas. (*Trueno lejano; relámpago.*) Reflexionemos.

ESCENA III.

PAOLO Y JOSEFINA.

PAOLO. (*Dentro.*) Si tanto afán tienes de marisco, atrácate á tu gusto y tráete algo que roer hácia nuestro palacio. (*Asoma por la derecha. Relámpago y trueno. Sale Paolo; lleva un paquete en la mano.*) ¡Gracias al diablo! Las luminarias celestes alumbran mi camino. (*Se adelanta hácia la choza y al penetrar en ella exclama:*) Héme de vuelta.

JOSEFINA. (*Saliendo de su meditacion.*) ¡Ah!

PAOLO. No hay que asustarse.

JOSEFINA. ¿Vienes solo?

PAOLO. El estúpido de Rosseti, á la luz de los relámpagos ha acertado á ver algunas rocas cuajadas de mariscos y allí queda haciendo provision de ellos.

JOSEFINA. Baja la voz.

PAOLO. ¿Pues qué ocurre?

JOSEFINA. La señorita...

PAOLO. ¿Duerme?

JOSEFINA. Así lo supongo.

PAOLO. ¿Dónde se ha acurrucado? porque lo que es yo como no tengo la virtud que atribuyen al murciélago... por mas que miro, no logro distinguir...

JOSEFINA. Está en la otra pieza, descansando.

PAOLO. Pues será necesario que se determine á dejar cuanto antes el descanso. Toma. (*Le entrega el paquete.*) Por fortuna, tras larga caminata he logrado dar con una pequeña bahía, pero muy resguardada, en la cual se halla fondeado un buque que al amanecer, si la tempestad amaina, levará anclas. Se dirige á Tolon, he hablado con el capitan de la fragata y condolido de nuestro infortunio, nos admite á bordo. Por de pronto, me ha entregado ese paquete, que no sé lo que contiene,

á fin de que lo pasemos en esta choza lo menos mal posible durante las horas que permanezcamos en ella. ¿Dónde está mi arquilla?

JOSEFINA. Me sirve de asiento. ¿Temías que te la hubieran robado?

PAOLO. Dentro de esa caja van algunos ahorrillos... quiso la suerte que la tuviera á mano para salvarla de la catástrofe y no es extraño que me interese por ella.

JOSEFINA. Siéntate junto á mí, calla y escucha; tengo algo muy grave que comunicarte.

PAOLO. Todo yo soy orejas. (*En el momento que se dispone á tomar asiento junto á Josefina se oye la voz de Pietro.*)

ESCENA IV.

PAOLO Y JOSEFINA *en la choza*, PIETTRO, *dentro*.

PIETTRO. (*Dentro y gritando.*) ¿Paolo, Paolo, dónde estais?

JOSEFINA. (*A Paolo.*) Ese imbécil viene á interrumpirnos cuando mas falta nos hace estar solos.

PIETTRO. Socorro... voy á ser víctima de los cangrejos.

JOSEFINA. Contéstale; sino, cuando entre, lo hará alborotando y no conviene. Procura alejarle, yo entretanto me enteraré de si duerme la enferma. (*Hablan un momento por lo bajo. Despues, Josefina se retira por la puerta de la izquierda, en tanto que Paolo sale por la de la derecha.*)

PIETTRO. (*Saliendo por la derecha arriba.*) ¡Para cuándo son los relámpagos, Señor! ¡Qué hacen esos relámpagos! En qué piensan San Pedro, San Pablo y Santa Bárbara; sobretodo la buena de Santa Bárbara, patrona de mi inhumano cuñado. (*Tropezando con Paolo.*)

PAOLO. (*Dando á Pietro un empellon.*) ¡Animal!

PIETTRO. Os reconozco en lo amable del saludo y en la suavidad de vuestras manifestaciones fraternales.

PAOLO. ¿Por qué diablo gritabais?

PIETTRO Porque me creia sepultado en el negro abismo *per secula seculorum*...

PAOLO. Amen.

PIETTRO. Me dijisteis, con la amabilidad que os es propia: «Ayudadme á coger algunos mariscos.» Y sin aguardar respuesta, me empujásteis hácia el sitio que os pareció conveniente. Obedecí sumiso, no porque me falte valor para replicar y aun para esponerme á los mayores peligros, pero ya se vé, temiendo las terribles consecuencias que pudieran surgir de mi furor si le daba rienda suelta, me contengo, me contengo en los

límites de la mas absoluta prudencia y de ahí resulta que soy...

PAOLO. Un mándria, una mujerzuela.

PIETTRO. ¡Mujerzuela!

PAOLO. Para ser hombre os falta mucho.

PIETTRO. Alto ahí, señor mio, no me falta nada; protesto enérgicamente, y vuestra hermana, mi muy amada esposa, me guardará de mentir.

PAOLO. No teneis alientos para nada; cualquier cosa os asusta y os acobarda.

PIETTRO. ¿Que no tengo alientos y durante no sé cuantas horas he remado desesperadamente, luchando contra las gigantes olas que de contínuo amenazaban sepultar nuestra frágil embarcacion?

PAOLO. Porque yo os obligaba y el miedo á sucumbir os hizo sacar fuerzas de flaqueza. (*Trueno y relámpago mas cercanos que los anteriores.*)

PIETTRO. (*Santiguándose*) Santa Bárbara bendita nos libre de todo mal. Entremos, entremos en la choza cuanto antes, si queremos evitarnos el tomar un nuevo baño.

PAOLO. (*Le detiene.*) Todavía no.

PIETTRO. Amenaza caer un nuevo diluvio y pues tenemos cerca nuestra arca... (*Dá un paso hácia la choza. Paolo le detiene de nuevo.*)

PAOLO. (¡Cómo alejarle!)

PIETTRO. Mirad que mi mujer vá á regañarme por mi inexplicable tardanza y no quiero ser víctima de su mal humor.

PAOLO. Precisamente obedeciendo sus órdenes debemos alejarnos.

PIETTRO. ¡Alejarnos!

PAOLO. (¡Buena idea!) Parece ser que la señorita ha perdido un medallon de oro, guarnecido de brillantes; cuya joya encierra el retrato de su padre.

PIETTRO. ¡Pobre señorita! Es un ángel. Ella ha ofrecido que una vez en Burdeos procurará se me faciliten los fondos necesarios para que pueda establecerme y agenciarme con el tiempo una fortuna, haciendo uso de mi lanceta.

PAOLO. Por lo mismo le debeis agradecimiento.

PIETTRO. Agradecido lo soy.

PAOLO. Desde que ha echado á menos la falta del relicario, no cesa de llorar. Queria salir en busca de la alhaja. Recuerda haberla dejado, despues de besarla, encima del tronco que, derribado á lo largo, hallamos en la playa á nuestra llegada, y junto al cual, postrada de hinojos ha dado gracias á Dios por nuestra salvacion. Debeis recordarlo; Josefina la ha ofrecido que iriais en busca de la joya...

PIETTRO. (*Retrocediendo asustado.*) ¡Yo! Que iría...

PAOLO. Solo así se ha resignado á esperar.

PIETTRO. Yo me quedaré, id vos.

PAOLO. Yo necesito hacer mas larga caminata. He de llegarme á la bahía á fin de rogar al capitan del buque allí anclado que me proporcione alguna medicina al objeto de que la señorita recobre algun tanto las perdidas fuerzas. (*Trueno.*)

PIETTRO. Pero, ¿no ois cómo truena?

PAOLO. Con eso andaremos al compás de la música; la luz de los relámpagos hará mas fácil nuestra excursion. Os guiaré hasta dejaros fuera del laberinto de rocas que nos rodea y una vez allí, cada cual emprenderá su camino.

PIETTRO. Mirad que los malditos cangrejos se han cebado en mis pantorrillas y apenas puedo dar un paso.

PAOLO. ¡Eh! basta de charla. Adelante, voto al diablo. (*Coje brutalmente á Rosseti por un brazo y le obliga á seguirle.*)

PIETTRO. ¡Uy! No apreteis tanto, señor cuñado... (Si de esta escapo con bien, tan luego como llegue á Burdeos, huyo de mi mujer y de este hotentote.) (*Entran por la derecha.*)

ESCENA V.

JOSEFINA. (*Saliendo de la puerta izquierda. En voz muy baja.*)

Al fin se ha dormido. ¿Estás ahí, Paolo? (*Despues de una pequeña pausa, durante la cual ha ido adelantándose hácia el proscenio hasta que sus piés tropiezan con la arquilla en la cual toma asiento.*) ¡Nadie! ¡Es extraño!... Bah, sabe Dios lo que se habrá visto obligado á hacer para alejar al estúpido de mi marido. Es necesario romper la cadena que me une á Rosseti. Esta noche ha de quedar resuelto mi porvenir. Pero ¿querrá Paolo prestarse á...? Si, él es capaz de todo cuando se trata de lograr un puñado de oro. ¿Qué es esto? (*Por el paquete que está encima de la arquilla y con el cual tropieza maquinalmente una de sus manos.*) ¡Ah! el envoltorio regalo del capitan de la fragata. Sepamos lo que contiene. (*Desenvolviendo el paquete.*) Fiambres, pan, una botella que al parecer contiene vino generoso. ¿Y esto?... ¡Ah! una linternilla y azufrados palillos para que nos proporcionemos luz. El bueno del capitan ha pensado en todo. Encendamos. (*Despues de haber encendido y colocado la linterna en el suelo.*) No es mucha la claridad que esparce, pero es lo bastante en la situacion presente.

ESCENA VI.

DICHA Y PAOLO.

PAOLO. (*Apareciendo por la derecha arriba. Indicando la choza.*) ¡Luz! ¿Quién habrá hecho semejante milagro? (*Adelantándose.*)

JOSEFINA. Alguien se aproxima.

PAOLO. (*Penetrando en la choza é indicando la linterna.*) ¿A qué se debe este lujo? ¿Tiene por acaso dueño esta arruinada pocilga?

JOSEFINA. No, que yo sepa. La linterna y los menesteres para encenderla, así como algunas viandas y una botella llena de vino generoso, formaban el regalo del capitan de la fragata en que *tú* y *yo* debemos embarcarnos antes que amanezca el nuevo dia.

PAOLO. (*Recalcando las frases.*) Tú y yo.

JOSEFINA. (*Con firmeza.*) Eso he dicho.

PAOLO. ¿Pues y los otros? ¿Piensas dejarlos en este islote?

JOSEFINA. Pienso... No es cosa de perder tiempo; de un momento á otro podría aparecer Rosseti y necesitamos aprovechar los minutos. (*Paolo se sienta junto á Josefina.*)

PAOLO. Por los cuernos de Luzbel que estoy ardiendo en deseos de saber lo que proyectas. Algo diabólico será indudablemente.

JOSEFINA. (*Se sonríe, recoje la linterna y levantándola á la altura de su rostro, dice:*) ¿Te parezco siempre jóven y hermosa?

PAOLO. Te creo capaz de tentar á un santo. «¡Ah! mi pequeña hiena,» solia decir el bueno del abate que cuidó de infancia y al cual debemos nuestra primera instruccion.

JOSEFINA. Si á mí su pequeña hiena, á tí te llamaba chacal con mucha frecuencia nuestro inolvidable abate.

PAOLO. No estaba él mal zorro; supongo que su compadre el diablo saldria á recibirle para aposentarle debidamente en los infiernos, dónde es seguro que se encuentra desde que hizo la última mueca nuestro querido protector. Por allá nos aguarde durante muchos años.

JOSEFINA. Así sea y vamos á lo que importa. Abreviaré cuanto me sea posible.

PAOLO. Escucho.

JOSEFINA. Al aconsejarte que emprendieras este viaje, lo hice sin obedecer á plan fijo.

PAOLO. Pero yo, que sé eres mujer de grande ingenio, no opuse óbice y confiando en el porvenir me embarqué. ¿Tienes ya alguna idea?...

JOSEFINA. Mejor que eso; tengo la seguridad de conquistar una gran posicion, de que se realicen cuanto antes mis dorados ensueños y los tuyos, sino te opones á prestarme tu eficaz concurso.

PAOLO. ¿Qué es oponerme? Cuenta conmigo.

JOSEFINA. Atiende. El padre de la señorita de Saint-Albert, fué un tiempo sócio de D. Jacobo Deperville. Este, tenia fija su residencia en Burdeos y aquel en la Martinica. Cuando despues de muchos años decidieron dividir el capital, que entre ambos habian fomentado, se encontraron ricos y desde aquel entonces comenzaron á trabajar por cuenta propia. La fortuna le fué tan próspera á Saint-Albert, como adversa á Deperville. El primero, al tener noticia de la ruina de su amigo, le facilicitó larga y generosamente cuantos recursos fueron necesarios para que rehiciera su fortuna, y así se sucedió; en menos de cinco años logró hacerse millonario. Y mira tú lo que son las cosas, trascurrido algun tiempo, el comerciante de la Martinica, quedaba reducido poco menos que á la miseria.

PAOLO. Se trocaron los papeles por lo visto. Entonces, es de suponer que el rico ofreciera su proteccion al pobre.

JOSEFINA. Aguarda. (*Se levanta y desaparece por la puerta, izquierda apareciendo muy en breve.*)

PAOLO. ¿Donde querrá ir á parar? Bebamos, no hay nada como el vino para despejar las potencias intelectuales y fortalecer las debilidades del estómago. (*Toma la botella y bebe.*) (*Durante la escena anterior y hasta el final, por intérvalos, se deja oir el fragor del trueno, alumbrando la escena la luz del relámpago.*)

JOSEFINA. (*Sale y se dirige nuevamente á la arquilla y se sienta.*) Creí que habia despertado.

PAOLO. ¿Continúa dormida?

JOSEFINA. Está aletargada á consecuencia de la fiebre que la devora. Aun cuando despertase la seria imposible levantarse por sí sola.

PAOLO. Pues sigue tu interrumpida historia.

JOSEFINA. Falta poco para terminar la primera parte.

PAOLO. ¡Ah! ¿tiene mas de una?

JOSEFINA. De la segunda y última pienso que tú y yo hemos de ser los héroes.

PAOLO. Prosigue.

JOSEFINA. Nada quiso escribir Saint-Albert á su amigo, respecto á la desgracia que le agobiaba. Restábale una esperanza. Un capitalista de Nápoles guardaba en sus arcas algunos fondos que pertenecian á Mr. de Saint-Albert. Este, sacó á su hija del convento en que la habian educado, redujo á metálico los restos de su pasada opu-

lencia y decidido á trabajar en Europa para rehacer su fortuna, se embarcó con su hija y despues de una larga travesía desembarcaron felizmente en Nápoles. Allí, le aguardaba una nueva desventura; el capitalista de quien antes hablé, habia desaparecido de Italia, llevándose consigo las riquezas de varias familias.

PAOLO. Ese hombre es digno de admiracion.

JOSEFINA. Mr. de Saint-Albert soportó con santa resignacion tan gran desgracia; pero su salud alteróse notablemente. Has de saber, que desde muchos años antes venia tratándose entre los señores de Saint-Albert y Deperville el matrimonio de Carlota y el heredero del último, llamado Gustavo. La casualidad quiso hacerme vecina de la vivienda en que habitaban los indianos y supe introducirme en la casa, confiada en no perder mi tiempo. Me capté muy pronto el cariño de la hija y del padre.

PAOLO. No hay quien sepa fingir con mas naturalidad que tú.

JOSEFINA. Gracias. La dolencia del anciano agravóse de una manera alarmante y sólo entonces decidió escribir á su antiguo amigo todo cuanto le ocurria, ocultándole únicamente el mal estado de su salud. No se hizo esperar la respuesta de Mr. Deperville.

PAOLO. ¿Qué le decia?

JOSEFINA. Que los esperaba con los brazos abiertos, que jamás olvidaría le era deudor de la colosal fortuna de que disfrutaba y que tan luego como llegasen á Burdeos se celebraria el matrimonio de Carlota y Gustavo. El jóven escribia tambien, mandando á su futura una miniatura.

PAOLO. Ya entiendo, su retrato.

JOSEFINA. Si, y escribía que estaba anheloso de pagar la deuda de su padre, jurando que ella seria la señora de su corazon y su fortuna.

PAOLO. Bonita perspectiva.

JOSEFINA. Que vino á enturbiar la muerte del anciano Mr. de Saint-Albert. Antes de exhalar el último suspiro escribió una carta á su amigo. Aconsejó á su hija que tan pronto como hubiera cumplido para con él sus últimos deberes se dirigiese á Burdeos. Suplicóme que no abandonase á su hija, para la cual sería yo mas que criada, amiga; hice como que me conmovía y acepté. Por lo que pudiera suceder te rogué que me acompañaras; Carlota se empeñó en que tambien habia de seguirnos mi marido, al que ofreció proteger; nos embarcamos...

PAOLO. (*Impaciente.*) Naufragamos y hénos aquí, gracias á mi puñal que alejó de nuestra lancha á los que pretendian abordarla. Hasta ahora estoy á oscuras.

JOSEFINA. (*Mirando fijamente á Paolo.*) Nadie conoce á Carlota en Europa; ella, oculta en su seno, lleva una cartera que encierra los papeles que identificarán en Burdeos su persona... ¿Entiendes?...

PAOLO. (*Titubeando.*) Me parece comprender.

JOSEFINA. (*Casi al oido de su hermano, en voz baja y con lúgubre entonacion.)* Quiero ser la esposa de Gustavo de Deperville.

PAOLO. (*Pasándose la mano por la frente y fijando la mirada en el cuarto de la izquierda.*) Pero... para eso... se hace necesario...

JOSEFINA. Mañana, las turbulentas ondas arrojarán á la playa algunos cadáveres de los náufragos del bergantin «Palermo»... La ventana del cuarto en que reposa la enferma, dá al mar... ¿quién podrá sospechar jamás?... Yo seré rica, muy rica; tú, nadarás en la abundancia. Si perdemos esta ocasion ¿se nos ofrecerá otra tan propicia? Podemos saciar nuestra ambicion sin correr el menor riesgo.

PAOLO. No es cosa de juego quitar de enmedio á un prójimo...

JOSEFINA. Han de ser dos.

PAOLO. ¡Dos!

JOSEFINA. Pietro, es mi marido y sin que su voz enmudezca para siempre no puedo realizar mi plan. ¿Qué decides? El tiempo apremia.

PAOLO. (*Despues de una corta vacilacion adopta una actitud resuelta y feroz.*) Levantate.

JOSEFINA. ¿Qué pretendes?

PAOLO. (*Saca de uno de sus bolsillos una llave, abre la arquilla, saca de ésta, primero un bolson de cuero y despues un tintero de asta, pluma de ave y papel; hecho lo cual cierra de nuevo la arquilla, se guarda la llave y el bolson. Se arrodilla y escribe precipitadamente.*) Escucha: «Paolo: hermano mio, gracias á tu valeroso auxilio he dejado de ser Josefina Ferrari para convertirme en madama de Saint-Albert. Vuelve á mi lado, te necesito. No temas, los muertos no hablan, y bien muertos fueron á nuestras manos Carlota de Saint-Albert y Pietro Rosseti. Para tí, siempre seré Josefina Ferrari.» Firma y cuenta con los difuntos á tu marido y á la señorita.

JOSEFINA. (*Que ha escuchado demostrando en su rostro la ira de que se halla poseida, replica con opaco acento*): Jamás.

PAOLO. Entonces, no hay nada de lo dicho; continúa siendo lo que eres.

JOSEFINA. Firmar eso seria perderme. ¿A qué fin me propones?...

PAOLO. Conozco tus mañas y quiero estar seguro de que andando el tiempo no me has de negar tu proteccion.

JOSEFINA. Ya; y pretendes tener una seguridad, siendo así que yo quedaría desarmada.

PAOLO. Nunca podría perderte sin perderme, y muy grande habia de ser el desengaño que de tí recibiera para entregar con el tuyo mi cuerpo á la horca.

JOSEFINA. (*Con resolucion.*) Dáme la pluma.

PAOLO. (*Entregando lo que se le ha pedido.*) Conozco perfectamente tu letra y rúbrica; procura que no te tiemble el pulso.

JOSEFINA. (*Despues de firmar entrega á Paolo el papel.*) Toma (*Aparte.*) (Yo sabré á su tiempo arrancarte ese papel y la existencia.)

PAOLO. (*Examina el escrito, acercándole á la linterna, figura coger un poco de polvo que esparrama por el documento que tiene en la mano y que luego dobla cuidadosamente y se lo guarda; otro tanto hace con el tintero, colocándolo en distinto bolsillo.*) Perfectamente. Voy... (*Paolo vá á dirigirse al cuarto en que descansa Carlota; Josefina le detiene.*)

JOSEFINA. Espera.

PAOLO. ¿Qué más deseas?

JOSEFINA. Necesito apoderarme de la cartera.

PAOLO. ¡Diablo! ¡pensé que ya estaba en tu poder!

JOSEFINA. Si te hubieras negado á secundarme, ¿cómo justificar la sustraccion?

PAOLO. Pues, anda; entretanto, yo arrojaré al mar la arquilla; bueno es que no quede ningun vestigio de nuestra presencia en esta choza.

JOSEFINA. Dices bien. Cada uno, pues, á lo suyo. No tardes.

PAOLO. Algunos segundos. (*Josefina, entra en la habitacion de la izquierda. Paolo, carga con la arquilla y sale de la choza.*) No hará su fortuna con lo que va dentro aquel que se la encuentre, si es que aparece de nuevo. (*Llega al fondo, sube á una roca y desde allí arroja su carga al agua.*) Vé á reunirte con los restos de los que fueron mis compañeros de viaje. (*Se dirige de nuevo á la choza.*)

JOSEFINA. (*Sahendo con la cartera en la mano.*) Hé aquí el talisman de mi fortuna. (*Se la guarda en el seno.*)

PAOLO. (*Entrando.*) ¿La tienes?

JOSEFINA. Mira. (*Enseñándole la cartera.*)

PAOLO. Ahora pues, me toca á mí. (*En este mismo instante se deja oir muy lejana la voz de Prettro tarareando una festiva tonada.*) Maldito de Dios, amén. El miedo le hace cantar.

JOSEFINA. (*Empujándole hácia el cuarto.*) Entra.

PAOLO. Es cosa de un instante.

JOSEFINA. He abierto la ventana.

PAOLO. Vamos á proporcionar pasto á los peces. (*Entra en la habitacion de la izquierda, Josefina alumbra desde el umbral. Piettro canta desde dentro y aproximándose lentamente.*)

PIETTRO. (*Dentro.*) La mujer y el cocodrilo
tienen mucha semejanza;
son animales que gozan
devorando carne humana.
(*Se deja oir un grito de suprema agonía lanzado por Carlota y luego algo semejante al ruido que produce al caer en el agua un cuerpo pesado.*)

PAOLO. (*Dentro.*) Uno. (*Sale.*) Vamos por el otro. Esconde esa luz, pero no la apagues; luego nos servirá de mucho. (*Josefina esconde la linterna. Paolo saca un puñal sale de la choza y se embosca tras un promontorio de rocas.*)

ESCENA ÚLTIMA.

JOSEFINA, PAOLO Y PIETTRO.

PIETTRO. Milagro será si llego á la choza sin romperme algo. ¡Oh! ¡mujeres, mujeres!... (*Sale.*) Soy el hombre mas desgraciado... (*Paolo se arroja sobre Piettro y le clava el puñal.*) ¡Ah! Santo... cielo.

PAOLO. Y van dos: cuenta saldada. (*Adelanta hasta llegar á la choza.*) Quedas complacida.

JOSEFINA. ¿Aseguraste el golpe?

PAOLO. ¿Quieres verlo?

JOSEFINA Sí. (*Recoje la linterna y sale. Paolo la guia hasta el sitio en que ha quedado Piettro.*) Con él (*señalando á Piettro*) ha muerto tambien Josefina; ya soy Carlota de Saint-Albert.

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Tres años despues.

Saloncito decorado lujosamente. Puerta en el foro. Puertas laterales á derecha é izquierda en primero y tercer término. Ventana, segundo término izquierda y elegante chimenea, en el segundo derecha.

ESCENA I.

CARLOTA *escribiendo.* CATALINA, *junto á la puerta del fondo, mirando hácia el interior.*

CARLOT. (*Escribiendo el sobre.*) ¿Catalina?
CATALINA ¡Ah! ya era tiempo. (*Acercándose á M. Deperville.*)
CARLOT. ¿Se acerca álguien?
CATALINA El señor Gustavo...
CARLOT. ¡Mi esposo!
TALINA En el saloncillo contiguo queda hablando con su
Ca ayuda de cámara.
r. ¡Ah! Toma. (*Le entrega la carta.*) Inmediatamente que
CARLO uan la lleve á su destino.
Al instante. (*Al llegar junto á la puerta del foro di-*
CATALINA *ce:*) Mr. Gustavo se dirije hácia aquí. (*Desaparece por*
la puerta del chanflan de la derecha.)
tendrá que decirme?
CARLOT. ¿Qué

ESCENA II.

CARLOTA Y GUSTAVO.

ra, siento mucho venir á distraer vuestras medi-
GUSTAVO Señones, pero se hacia precisa esta entrevista y no he
tacio do dilatarla.
quer

CARLOT. Es, en efecto, bien extraño, que busqueis mi compañía, la cual, de algun tiempo á esta parte, parece rehuís; debe ser algo muy grave lo que deseais comunicarme.

GUSTAVO Muy grave.

CARLOT. Hablad, pues.

GUSTAVO (*Mirando fijamente á M. Deperville.*) El magnífico aderezo, de cuya desaparicion me hablasteis hace algunos dias...

CARLOT. (¡Dios mio!) ¿Qué?

GUSTAVO La noticia del robo cundió rápidamente por la ciudad.

CARLOT. Nada tiene de extraño; varias amigas mias estaban enteradas de lo acaecido...

GUSTAVO La justicia se disponia á tomar cartas en el asunto.

CARLOT. ¡La justicia!

GUSTAVO Sí.

CARLOT. Desgraciadamente el aderezo no aparecerá.

GUSTAVO (*Sin dejar de mirar fijamente á M. Deperville.*) ¿Lo creeis así?

CARLOT. Creo que el ladron habrá tomado bien sus medidas para no ser descubierto.

GUSTAVO Os engañais.

CARLOT. Suponeis...

GUSTAVO No supongo; afirmo. Tomad, señora, ved si en efecto encierra las joyas que os engalanaban el dia de nuestro enlace. (*Le entrega un lujoso estuche que M. Deperville toma maquinalmente sin abrirlo.*)

CARLOT. (*Aparte.*) (No me abandones, serenidad.)

GUSTAVO ¿No le abrís?

CARLOT. Ya estareis vos seguro de que el aderezo está completo.

GUSTAVO ¿Y no teneis curiosidad de saber cómo me ha sido posible recuperarlo?

CARLOT. Me limito á daros las gracias. (*Con frialdad.*)

GUSTAVO Pues á fé que el relato es digno de ser escuchado por vos con atencion, y si me dais permiso...

CARLOT. Como gusteis.

GUSTAVO Mi amigo, el magistrado Mr. Duval, por conducto de sus agentes, tuvo ayer noticia de la existencia de cierto garito situado en un establecimiento, cuya muestra, en doradas letras de gran tamaño dice: *Posada de la buena suerte.*

CARLOT. (¡Ah!) (*Afectando indiferencia y disgusto.*) Y á qué viene?

GUSTAVO Una cosa guarda relacion con la otra. La voz pública, afirma, que los hombres de mas viso y las mas encopetadas damas de Burdeos, concurren al citado garito.

CARLOT. (*Aparte.*) (Bueno es saberlo.)

GUSTAVO La justicia se habia propuesto dar con el ladron del aderezo que he puesto en vuestras manos; se habian comunicado las órdenes conducentes al efecto y á no haberme servido de Providencia la casualidad, es muy probable que mañana se hubiera hecho público que madama de Deperville formaba parte de las enmascaradas que concurren á la *Posada de la buena suerte* y que el magnífico collar de diamantes que dijo haberla sido robado, fué vendido por ella al judío Zacarías en la cantidad de mil luises, que dieron fin en la mesa de juego.

CARLOT. (*Aparte.*) (¿Quién me habrá vendido?)

GUSTAVO No he de deciros por qué medios he averiguado cuanto acabo de poner en vuestro conocimiento; pero, bien comprendereis que habré adoptado alguna resolucion enérgica para impedir que en lo sucesivo se vea nuevamente comprometido mi buen nombre.

CARLOT. ¡Caballero!

GUSTAVO En la Bretaña se levanta el magnífico castillo de Saint Denís de mi propiedad; allí nos instalaremos, acaso para siempre. He hecho ya cuanto en mi mano estaba para satisfacer la deuda que mi padre contrajo para con el vuestro. Esta madrugada partiremos; haced vuestros preparativos.

CARLOT. Es que, no me resigno á partir. (*Con altivez y poniéndose de pié y dejando el estuche sobre el velador.*)

GUSTAVO De grado ó por fuerza habrá de cumplirse mi mandato.

CARLOT. ¡Vuestro mandato!

GUSTAVO Sí, mi mandato. ¡Ah! ¿os sorprende? Lo comprendo. Respetando la memoria de vuestro padre habíame mostrado para con vos siempre generoso y complaciente. Al haceros mi esposa, creyendo en ello cumplir una deuda sagrada, sacrifiqué cuantos ensueños habia formado sobre mi porvenir. Bien pronto, y con harto dolor de mi corazon, comprendí que el vuestro no atesoraba ninguno de los nobles sentimientos que enaltecen á la mujer digna, á la esposa amante. Cerrada quedará desde hoy la *Posada de la buena suerte*, pero es seguro que más ó ménos tarde se abrirá un nuevo lupanar, á donde acudiríais irremisiblemente, y como ya no os seria fácil robar al esposo, acaso se os ocurriera haceros con un amante, merced á cuyas generosidades pudierais satisfacer la innoble pasion que os domina por completo.

CARLOT. (*Con ira.*) ¡Ah! esto es ya demasiado. Tened presente que no he de tolerar continueis insultándome.

GUSTAVO (*Con gran energía.*) Ni yo que prosigais por más tiem-

po exponiéndome á la deshonra. Estimo en mucho mi honor, en holocausto del cual no dudaria en verter hasta la última gota de mi sangre. Ya os lo he dicho, al amanecer, partiremos; la silla de postas está avisada.

CARLOT. Bien, no me opongo; pero, prolongad por algunos dias la marcha.

GUSTAVO (*Con impasibilidad.*) Imposible.

CARLOT. Tres dias siquiera.

GUSTAVO Esta madrugada.

CARLOT. (*Aparte.*) (Lo veremos.)

CRIADO. (*Saliendo por el foro.*) El caballero Alberto de Amanlis, pide licencia para entrar.

GUSTAVO ¡Ah! el mejor de mis amigos. Carlota, id á dar las disposiciones necesarias para el arreglo de vuestro equipaje.

CARLOT. (*Aparte.*) (Será necesario que avise á Roberto.) (*Se vá por la puerta izquierda.*)

GUSTAVO (*Al criado.*) A ese caballero, que pase. (*Retírase el criado.*) Ni una palabra para disculparse. ¿Qué hay en el corazon de esa mujer?

ESCENA III.

GUSTAVO Y ALBERTO.

ALBERT. (*Asoma por el fondo; Gustavo se precipita á su encuentro.*) ¡Gustavo!

GUSTAVO ¡Alberto amigo! (*Se abrazan.*) Al estrecharte entre mis brazos creo hallarme en lo mejor de mis años juveniles.

ALBERT. ¡Hombre, al escucharte, cualquiera imaginaria que se trataba de dos ancianos respetables! Verdad es que tú ya has sentado plaza de hombre grave. ¡Casado á los veinticinco años! Y ya llevas algunos de sostener la cruz matrimonial, segun lo tengo entendido. Casarse, á mi modo de ver, es el mayor de los disparates y por mi parte como no pienso en el suicidio...

GUSTAVO Vuelves tan decidor y alegre como siempre.

ALBERT. En París me he divertido grandemente; váyase por la gravedad de que en breve me veré obligado á revestirme.

GUSTAVO ¿Tú?

ALBERT. Sí, estoy próximo á vestir la toga de magistrado.

GUSTAVO Cierto, ya no lo recordaba; te doy mi enhorabuena.

ALBERT. Gracias. Hablemos de tí. ¿Eres feliz? ¿amas á tu esposa? Dicen que es muy bella.

GUSTAVO No tardarás en poder juzgar por tus propios ojos.

ALBERT. ¿Eres dichoso, eh? Pues eso me basta, pues ya sabes

que eres mi mejor amigo, casi mi hermano. Me reservaré á entonar las alabanzas del celibato para cuando esté en compañía de aquellos que se hallen en estado de merecer, como Roberto de Valudiere, pongo por caso.

GUSTAVO ¿No le has visto aun?

ALBERT. Ayer, á mi llegada... Pasé la noche en su casa. Celebramos mi regreso con un opíparo festin, que fué interrumpido por misteriosa visita... ¿Puede oirnos tu esposa?

GUSTAVO No.

ALBERT. En ese caso, te diré que una dama, vecina de esta ciudad, fué la causa de la interrupcion.

GUSTAVO ¿Cómo sabes que es vecina de esta ciudad?

ALBERT. Porque Roberto me lo dijo.

GUSTAVO Eso habla muy poco en favor de la discrecion de nuestro comun amigo.

ALBERT. Y es la tal, muy hermosa mujer; pude convencerme de ello, entreabriendo el pesado cortinaje que cubre la puertecilla de la biblioteca en que yo me escondí y que facilita acceso á la cámara donde estaba la enamorada pareja.

GUSTAVO Siempre fuiste curioso en demasía.

ALBERT Por instinto; la investigacion es mi fuerte. Reanudando nuestra conversacion, te repetiré, que la querida de Roberto es lo que se llama una divinidad. ¡Qué fuego en aquellos negros y rasgados ojos! ¡Qué figura tan arrogante! Se adivina en ella las formas de una Vénus; y sobre todo, amigo mio, ¡qué dos lunares! ¡ay! ¡qué dos lunares!

GUSTAVO (*Procurando dominar su inquietud.*) ¿Dos lunares dices?

ALBERT. Colocados á corta distancia uno del otro en la mejilla izquierda.

GUSTAVO (*Fijando la mirada en la puerta izquierda.*) ¡Dios mio! ¡será mayor de lo que imaginaba mi infortunio!)

ALBERT. ¿Qué miras?

GUSTAVO Me parece que se dirije hácia aquí mi esposa.

ALBERT. (*Cuadrándose enfrente de la puerta derecha y arreglándose la corbata.* (Estoy poco presentable.) Visto aun el traje de camino.

GUSTAVO (*Volviéndose hácia Alberto.*) ¿Qué haces?

ALBERT. Mi *toilette*. En ese gabinete hay un espejo que parece estar colocado á exprofeso para que uno pueda contemplarse en él desde aquí á entera satisfaccion.

ESCENA IV.

GUSTAVO, ALBERTO, CARLOTA.

GUSTAVO Señora, tengo el gusto de presentaros al mejor de

mis amigos Mr. Alberto de Amanlis. (*Esto diciendo conduce á Carlota hácia Alberto. Este, al volverse no es dueño de reprimir un movimiento de asombro.*)

ALBERT. (¡Ah!).

GUSTAVO (*Con acento de infinita amargura.*) (Cierta es mi desventura.) (*Sonriendo.*) Madama Carlota Saint-Albert de Deperville.

ALBERT. Señora... (¡Ella es! ¡Pobre amigo mio!)

GUSTAVO Querido Alberto, pues que vas á fijar tu residencia en Burdeos, á nuestro regreso, espero de ti, serás tan constante en visitar esta casa, como lo es nuestro buen amigo Roberto.

CARLOT. (*A Alberto.*) Me erais ya conocido por referencia; mi esposo os aprecia en mucho.

ALBERT. No hace más que pagarme el cariño que le profeso. Creed, señora, que gozo con las felicidades de Gustavo, y me apesadumbran como á propias sus desgracias.

GUSTAVO (*Dando la mano á Alberto.*) Y no es poca fortuna poder contar con amigo tan sincero, hoy por hoy, que de tal manera suele bastardearse la amistad.

ALBERT Yo siempre seré para ti un hermano cariñoso.

GUSTAVO Así lo creo.

CARLOT. Despues de larga ausencia, los amigos íntimos tienen verdadera necesidad de cambiar sus impresiones sin testigos de vista. Recojo el objeto que á esta sala me ha guiado y me retiro (*Recoge el estuche.*) Caballero...

ALBERT. Señora... (*Carlota se retira por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

GUSTAVO Y ALBBERTO.

ALBERT. ¡Diablo!

GUSTAVO ¿Qué es ello?

ALBERT. Tengo una cita, cuya hora se aproxima, y no he recordado escribir una carta que me urge llegue á tiempo á su destino.

GUSTAVO Pues la escribes en mi gabinete y cuando hayas terminado, saldremos juntos.

ALBERT. Convenido.

GUSTAVO Sígueme.

ALBERT. (*Aparte.*) (No conoce cuan grande es su desventura.) (*Ambos se retiran por la puerta segunda de la derecha.*)

ESCENA VI.

ROBERTO Y UN CRIADO.

CRIADO. (*Desde el foro y mirando á la escena.*) El señor habrá salido tal vez por la otra puerta; si quereis, avisaré á la señora.

ROBERT. No hace falta; aquí aguardaré la llegada de mi amigo.

CRIADO. Como gusteis. (*Saluda y se retira.*)

ROBERT. Me parece que he advertido cierta ironía en el acento con que ese lacayo ha pronunciado las últimas palabras. (*Pequeña pausa.*) Oh, sí, al fin, más tarde ó más temprano, vendrá á hacerse público el engaño de que es víctima Gustavo. Yo bien quisiera romper la cadena de flores en que me aprisiona la deidad que tiene su trono en este honrado albergue; pero, no puedo, no puedo; su hermosura me fascina, me enloquece. (*Aparece Gustavo por la segunda puerta de la derecha. Roberto está vuelto hácia la izquierda.*)

ESCENA VII.

DICHOS Y GUSTAVO.

GUSTAVO (¡El!)

ROBERT. ¡Ah! la conciencia no es una palabra vana, como algunos pretenden. Sin cesar, y desde lo más profundo de mi corazon, me parece escuchar una voz que irritada me grita: «Roberto de Valudiere, eres un miserable.» (*Gustavo, que se ha ido aproximando lentamente hasta llegar junto á Roberto, posa en el hombro de éste una mano; y casi al oido, en voz muy baja y amenazadora, le dice:*)

GUSTAVO Roberto de Valudiere, eres un miserable.

ROBERT. (*Volviéndose rápida y airadamente.*) ¿Quién?... ¡Ah! eres tú, amigo mio!...

GUSTAVO ¡Amigo! ¿No reparas que tan sacrosanto nombre se mancha en tus lábios?

ROBERT. ¡Gustavo, que osas proferir!

GUSTAVO ¿No me comprendes? ¿No acabas de convencerte de que sé la negra perfidia de que soy víctima?

ROBERT. (*Aparte.*) (Llegó el momento que yo temia.) Comprendo lo que deseas y dispuesto me hallo á darte cumplida satisfaccion. Salgamos.

GUSTAVO Salgamos, sí, pero antes, quiero que me escuches; necesito recordarte algo para tu martirio, si es que en tí no se ha perdido todo sentimiento de nobleza. (*Ligerísima pausa.*) En cierta ocasion, un jóven de ilustre

cuna, viéndose acosado de empedernidos y codiciosos acreedores, confiando en determinada herencia que imaginaba próxima, para salvar los agobios que le apremiaban, se atrevió á falsificar la firma de un elevado personaje, y por este medio pudo obtener diez mil luises, con los cuales hizo frente á sus más urgentes compromisos. Llegada la víspera del dia en que debia retirar el documento que acreditaba su crímen, no contaba con el dinero necesario para ello y su perdicion era segura. Desesperado, fuera de sí, no hallando medio alguno de salvarse de la deshonra, falto de valor para arrostrar el castigo que le aguardaba, adoptó la terrible resolucion de apelar al suicidio. Cuando estaba próximo á consumar el nuevo crímen, una mano amiga desvió el cañon de la pistola, cuando ya ésta casi se apoyaba en la frente del culpable, puso á disposicion del estraviado jóven la cantidad suficiente para salvarle del conflicto y de la afrenta á que sus malas pasiones le habian conducido. Un año despues, dos amigos, emprendieron un viaje de recreo; hallándose en las costas de la Bretaña, uno de ellos, merced á sus imprudencias, cayóse al mar; no era nadador; su muerte era infalible á poco que se tardara en auxiliarle. Ninguno de los muchos espectadores que presenciaron la caida se atrevió á arrostrar la fúria de las olas. El compañero del náufrago, desde la elevada roca en que se hallaba, arrojóse denonadadamente al agua y luchando con heroismo contra los terribles embates de las agitadas ondas, con gran riesgo de la suya consiguió salvar la existencia de su camarada y á contar desde entonces juráronse ambos jóvenes amistad inestinguible, amor fraternal. ¿Se ha cumplido el sacrosanto juramento? Conoces perfectamente el nombre de los héroes de mi narracion. El jóven, que á consecuencia de sus vicios se habia convertido un dia en criminal falsificador y el que debido á sus impetuosidades estuvo á punto de perecer en lo profundo de los mares, son una misma persona y se llama Roberto de Valudiere; el que le salvó, primero de la afrenta y luego de la muerte, lleva por nombre Gustavo de Deperville, y en pago de sus finezas recibe tan solo escarnios y deshonra; dime, pues, dime, si con sobrada razon no puedo llamarte cobarde y miserable. (*Alberto aparece en la puerta segunda de la derecha y Carlota por la primera de la izquierda. Gustavo cambia repentinamente de entonacion y abrazando febrilmente á Roberto, fingiendo la mayor alegria, dice lo que sigue. Desde este momento hasta la terminacion de la escena debe llevarse*

con gran rapidez.) Sí, amigo mio, iré con vosotros, os acompañaré... ¡Ah! que está aquí mi amada esposa; ella será bastante buena para aplazar por algunos instantes la hora de la cena. Vamos, amigos mios, vamos, no es justo que falteis por mí al sitio donde se os aguarda. (*Alberto y Roberto saludan á Carlota. Entre ésta y el segundo se cruza una mirada de inteligencia, que Gustavo sorprende.*)

ESCENA VIII.

CARLOTA *luego* CRIADO *y á poco* GAUTIER.

CARLOT. ¿Qué es esto? Gustavo estaba conmovido, en vano ha procurado disimularlo, y Roberto, ¿qué ha querido significarme su mirada? Es necesario que yo sepa á qué atenerme. (*Agita una campanilla y se sienta junto al velador.*)

CRIADO. ¿Manda algo la señora?

CARLOT. ¿Está en casa el señor mayordomo?

CRIADO. Hace poco le he visto entrar en su aposento.

CARLOT. Que venga al instante. (*El criado se retira.*) (*Carlota ha adoptado una actitud reflexiva.*) Partir... partir... imposible. Sabré revelarme contra tamaña imposicion. Amo á Roberto y aborrezco á mi esposo. En último caso, yo sabré librarme de Gustavo.

GAUTIER (*Aparece por la puerta derecha foro.*) Aquí me tiene la señora.

CARLOT. Estamos solos.

GAUTIER (*Aproximándose.*) ¿Qué te se ofrece? Tu semblante revela que estás de mal temple.

CARLOT. Desesperada estoy.

GAUTIER ¡Desesperada cuando por todos lados te sonríe la felicidad!

CARLOT. ¿Feliz, viéndome unida á un hombre á quien ódio?

GAUTIER ¡Bah! yo presumia que te limitabas á no amarle.

CARLOT. Pues le aborrezco con toda mi alma.

GAUTIER ¿Y se puede saber el por qué de tu inquina hácia Mr. Deperville?

CARLOT. Su carácter dominante...

GAUTIER ¡Bah!... al otro... ya sabes; lo detestabas, porque era manso como un cordero.

CARLOT. Bien, bien, déjate de recuerdos importunos.

CAUTIER Quedamos en que abominas á tu esposo.

CARLOT. Y amo á otro hombre.

GAUTIER ¡Tú... amar!

CARLOT. ¿Lo dudas?

GAUTIER Sí; me parece increible.

CARLOT. No ignoras lo activo del veneno que encierra esta sortija.

GAUTIER Y que no deja el menor vestigio tras sí... ¡Oh! es una verdadera maravilla.

CARLOT. Dispuesta estoy á darme la muerte si Roberto me olvida.

GAUTIER ¡Diablo!

CARLOT. Gustavo quiere sacarme de Burdeos. Quiere encerrarme en su castillo de Saint-Denís.

GAUTIER ¡Caspitina!

CARLOT. Cálla.

ESCENA IX.

DICHOS Y CATALINA.

CATALINA Señora...

CARLOT. ¿Hay contestacion?

CATALINA Juan acaba de entregarme este billete; hasta hace muy poco no ha conseguido...

CARLOT. Bien, retírate. (*Vase Catalina.*) Veamos. (*Abre la carta y lee:*) «Carlota, yo seria el más feliz de los hombres á poderse realizar lo que en vuestra adorada carta me proponeis. Gustavo, en su propia casa, me ha dirigido los mayores insultos; mi marcha seria calificada de vergonzosa fuga. Yo os amo, mucho, mucho; os lo puedo sacrificar todo, menos el honor.»

GAUTIER Mal pleito tiene tu Roberto, porque Mr. Deperville goza fama de manejar á la perfeccion toda clase de armas.

CARLOT. Si le mata... ¡Oh! desgraciado de él.

GAUTIER (*Con mucha intencion y en voz baja.*) Vale mas heredar que huir.

CARLOT. Acabas de adivinar mi pensamiento.

GAUTIER Eres una gran mujer. (En cuanto á Roberto, si muere no tardará en ser olvidado: ésta es de las que dicen: «A rey muerto rey puesto.»)

ESCENA X.

LOS MISMOS Y DOS LACAYOS Y CRIADO.

(*Aparecen los criados, traen una mesa con servicio para dos personas y luces.*)

CARLOT. ¿A qué entrais sin que se os llame?

CRIADO. El amo ha mandado poner aquí la mesa.

CARLOT. ¿Aquí?

CRIADO. Así lo dispuso, al mismo tiempo que mandaba á Bernardo á la casa de postas.

CARLOT. (*A los criados.*) Bien está. (*A Gautier rápidamente.*) (No iré al castillo.)

GAUTIER (*A parte.*) (Que recen por el alma de Mr. Deperville.)

ESCENA XI

DICHOS Y GUSTAVO.

GUSTAVO ¿Se han cumplido mis órdenes?... perfectamente Escusad vuestros servicios; prescindiremos de ellos por esta vez. (*Gautier y los criados se retiran.*) Sin duda, estabais despidiendo á Gautier, ¿no es esto?

CARLOT. ¿Despedirle? Ni he pensado en ello.

GUSTAVO Es igual, despues lo haré yo. Bastará que quede mi viejo Anselmo al cuidado de la casa.

CARLOT. ¿Persistís en partir?

GUSTAVO Adelantando la hora de la marcha.

CARLOT. (*Aparte.*) (¿Se habrá verificado el duelo?)

GUSTAVO Os pido perdon por haber tardado algo más de lo regular; un asunto importante...

CARLOT. Sí, una disputa.

GUSTAVO ¿Ya ha llegado á vuestra noticia?

CARLOT. Y con un amigo vuestro, segun creo.

GUSTAVO ¿Amigo?... Sí, verdad es; amigo de la infancia. Por una nimiedad me he exhaltado y le he inferido una ofensa terrible. Los que han presenciado el caso no han creido justo mi proceder. Pero, el tiempo avanza, cenemos. (*Se sientan á la mesa.*)

CARLOT. Es, pues, de presumir que os hayan reconciliado. (*Aparte.*) (No se han batido aun, lo demuestra su calma.)

GUSTAVO Cuando se llega á ciertos extremos, no hay reconciliacion posible: en determinados casos se hace indispensable matar ó morir. ¿Os hallais afectada? ¿Qué os sucede?

CARLOT. Un lijero desvanecimiento...

GUSTAVO Producido acaso por el perfume que exhalan estas flores; las retiraré. (*Coje el ramo y penetra con él en el gabinete primer término derecha. En cuanto Gustavo desaparece, abre Carlota el resorte de la sortija y deja caer su contenido en la copa colocada delante del plato en que se ha servido aquel. Cortos instantes despues aparece Gustavo, está sumamente pálido; Carlota no se fija en ello.*)

CARLOT. Realmente eran las flores la causa de mi malestar; ya estoy completamente tranquila.

GUSTAVO (*Dominando su emocion y afectando la mayor calma. Se sienta.*) Os felicito por ello; poseeis una naturaleza privilegiada. ¿Quereis tener la amabilidad de llenar mi copa?

CARLOT. Con mucho gusto.

GUSTAVO Gracias, mi bella esposa.

CARLOT. Estais muy galante. (*Carlota llena la copa que Gustavo sostiene.*)

GUSTAVO Todo os lo mereceis. Ahora sí que me convenzo de que estais completamente tranquila; vuestra mano no tiembla á pesar de que se aproxima la hora de nuestra partida. A vuestra salud.

CARLOT. Por la vuestra. (*Ambos llevan la copa á los lábios; Carlota apura el contenido de la suya; Gustavo sin soltar la que tiene en la mano y mirando fijamente á su interlocutora, exclama:*)

GUSTAVO Deseo pediros una gracia.

CARLOT. ¿Y es?...

GUSTAVO En prueba de que no me guardais rencor por el viaje que os obligo á emprender, como muestra del amor con que me distinguís, apurad un sorbo del licor que me está destinado; yo me sentiré feliz al posar los lábios en el mismo sitio que se hayan detenido los vuestros; bebed. (*Acercándole la copa á los lábios. Carlota retira apresuradamente la cabeza, exclamando y sin poder dominar su terror:*)

CARLOT. ¡Oh! no, no.

GUSTAVO El espejo de ese gabinete (*Señalando la derecha*) os ha delatado; habeis vertido en mi copa el veneno que encerraba vuestra sortija. No os basta con mi deshonra, anhelais mi muerte. Vuestro amante, el traidor amigo que me ultrajaba, ha dejado de existir, y aquí, en esta copa, se halla la prueba evidente de vuestro frustrado crímen, vil envenenadora.

CARLOT. ¡Ah! (*Queda desmayada. Gustavo, la mira con frialdad, despues vierte en el suelo el contenido de la copa.*)

GUSTAVO Dejemos á Dios el cuidado de castigar á tan miserable criatura. (*Aparece Catalina.*)

CATALINA Señor, la silla de postas está esperando.

GUSTAVO Socorre á tu señora.

CATALINA Pobre ama mia. (*Catalina corre al auxilio de Carlota.*)

GUSTAVO Yo parto. (*Mirando á Carlota.*) (Quiera el cielo que algun dia no volvamos á encontrarnos frente á frente.)

ACTO SEGUNDO.

Santiago de Monteleon.

Sala de recibo de una posada. Puerta en el fondo que comunica con el exterior. A la derecha puerta en los términos primero y tercero; á la última, rotulada con el número 4, se llega por medio de una escalera al fin de la cual hay un descansillo con su correspondiente balaustrada; otro tanto sucede con la del tercer término de la izquierda, señalada con el número 2. El número 1, corresponde á la primera de la derecha, el 3 á la primera de la izquierda. Velador con tapete en el proscenio hácia la izquierda. En el lienzo de la pared del foro hácia la derecha, un armario; sillas de nogal.

ESCENA I.

CATALINA *y á poco* **CRISTOBAL.**

CATALINA *(Al pié de la escalera de la izquierda; figura hablar con álguien que se supone está en aquella habitacion.)* En cuanto quede servida la mesa, abrid la puerta de la callejuela por si se les ocurre entrar por ella á los convidados, y que Marieta quede al cuidado.

CRISTOB. *(Desde dentro.)* Descuida, muchacha, descuida. *(Catalina baja á la escena y se dirige al armario; una vez cerca del citado mueble, se encarama en una silla para arreglar algo en los estantes superiores.)*

CATALINA ¡Qué desórden! en cuanto se pasan algunos dias sin que yo lo vigile todo, nadie sabe donde andan las cosas de esta casa.

ESCENA II.

CATALINA Y SANTIAGO.

SANTIAGO *(Desde el descansillo de la derecha.)* La mañana está

fresca y no me vendrá mal el ejercicio de la esgrima para entrar en calor. *(Reparando en Catalina.)* ¡Cáspita! Buen bocado es el que estoy mirando y no me pesaria desayunarme con él. *(Baja y al llegar junto á Catalina, que no ha advertido la presencia de Santiago, éste la coje por la cintura, la coloca en el suelo y la abraza.)*

CATALINA ¡Ay!

SANTIAGO Buenos dias, prenda.

CATALINA Vaya caballero, que teneis una manera de saludar...

SANTIAGO No puede darse nada mas expresivo ni cariñoso.

CATALINA Bien dicen los que aseguran que los españoles son tan ligeros de cascos.....

SANTIAGO Como de manos ¿no es esto? Por lo que hace á las mias puedo asegurarte que necesito tenerlas en contínuo movimiento, ya sea manejando la espada, ya sea tirando de la oreja á Jorge, empleándolas en llevar la copa á los lábios, remendando algun nuevo agujero practicado en mi indivíduo por el hierro ó plomo enemigo, ó acariciando á las buenas mozas, como tú, pongo por caso. *(Intenta abrazarla de nuevo y ella se retira.)*

CATALINA Quedo, quedo, ó me enfado.

SANTIAGO ¡Oh! no; no hay nada mas feo que una mujer bonita cuando se empeña en no parecerlo. Y tú eres muy linda.

CATALINA ¿De veras?

SANTIAGO Palabra de honor. Lástima grande es que te mires reducida á ocuparte en las groseras labores de una posada. ¿Quieres venirte á España conmigo?

CATALINA ¿En clase de qué?...

SANTIAGO Pues serás... mi secretaria particular.

CATALINA Gracias, prefiero seguir siendo posadera. Quedaos con vuestro Botija, como le llamais al criado que os acompaña; por cierto que no he visto hombre mas tragon; no es extraño que esté tan rollizo.

SANTIAGO Pues has de saber que hace poco menos de dos años estaba el pobre delgado como un hilo. No fué poca su dicha que yo tropezara con él cierta noche en un islote. Le encontré tendido y sin movimiento entre unas rocas; cercioreme de que su corazon latia, y cargando con él á toda prisa me dirijí á la quinta de mi amigo, el sábio y escéntrico doctor Cok, merced á cuyos cuidados libró la pelleja. Cuando pudo dejar el lecho le propuse que se quedara á mi servicio y aceptó con gratitud. Tal impresion le habia causado la aventura que puso en peligro su existencia que iba languideciendo por instantes. Hablaba sin cesar de una mujer y de un hombre cuyo recuerdo le espantaba hasta el punto casi de hacerle perder la razon. Yo le habia co-

brado cariño, y á fin de tranquilizar su espíritu, inventé un cuento, afirmándole que habian perecido sus enemigos; tragóse el anzuelo, y renacida en él la tranquilidad despertósele un apetito envidiable y en dos años ya ves como se ha puesto, redondo como un tonel. *(Se oye una campanada.)* ¡Cáspita! ¡la media para las nueve! Afortunadamente no queda léjos el sitio de la cita; voy á por mi padrino. ¡Ah! dile á mi Botija que prepare unas hilas y el bálsamo milagroso, por si vengo con alguna nueva grieta. Entre tanto, venga un abrazo y hasta luego. *(Abraza á Catalina y se retira tarareando una cancion cualquiera.)*

ESCENA III.

CATALINA *y á poco* CRISTOBAL.

CATALINA Es un caballero tan divertido, como dadivoso; no me pesaria que permaneciera por algun tiempo en esta posada.

CRISTOB. *(Aparece en el descansillo de la izquierda y baja á la escena.)* Todo queda dispuesto: Marieta está al cuidado por si llega alguno de los convidados por la callejuela.

CATALINA Pues disponeos á ir al camino; ya no se hará esperar el carruaje que conduce á la señora; bueno es que tenga quien la guie hasta aquí. Por las señas que os he dado creo que no dejareis de reconocer á la persona.

CRISTOB. Ni que fuera yo algun topo.

CATALINA Y nada de conversacion inútil con la señora.

CRISTOB. Ya sabes que yo...

CATALINA Sé, que soleis hablar mas de lo que importa. ¿Quién os mandaba decir anoche delante de aquellos jóvenes si estaba ó no por llegar madama?

CRISTOB. ¿Y qué mal hay en que lo dijera?

CATALINA De no saberse no hubiera mas tarde Mr. Richard hablado de la señora, calificándola duramente, cosa que habrá de costarle una estocada á él ó al caballero español; acaso á estas horas se estrán batiendo.

CRISTOB. Bien, bien, me pegaré un punto en la boca en adelante.

CATALINA Mejor seria coserla del todo, querido tio. Vamos, no os detengais. Ya sabeis que le debemos mucho á madama; sin ella no tendríamos esta posada; id deprisa.

CRISTOB. Ya voy, ya voy. *(Aparte.)* (Esta muchacha tiene azogue en el cuerpo.) *(Se retira por el fondo.)*

ESCENA IV.

CATALINA *y á poco* PIETTRO.

CATALINA ¡Uf! Quisiera comunicar á todos los que me rodean, parte de la viveza que á mi me sobra.

PIETTRO. *(Desde el descansillo de la derecha.) (Ha engordado de una manera notable. A Catalina.)* ¿Decíais que ya está dispuesto el almuerzo?

CATALINA No he dicho semejante cosa.

PIETTRO. *(Bajando.)* Creí haberlo entendido así.

CATALINA Pues entendisteis mal.

PIETTRO. Eso consistirá en que no me es familiar vuestro idioma.

CATALINA ¿Sois tambien español?

PIETTRO. No lo sé.

CATALINA ¡Si que es raro! ¿Con que no sabeis cual es vuestra pátria?

PIETTRO. *Meus pater est venter.*

CATALINA No me hableis en inglés.

PIETTRO. He hablado en latin.

CATALINA Es igual, porque no he comprendido ni una palabra.

PIETTRO. Quise decir, que mi pátria es el estómago.

CATALINA Ya se echa de ver; acaso sea lo único que amais en el mundo.

PIETTRO. Y á mi amo, á mi amo sobre todas las cosas.

CATALINA El, tambien parece apreciaros.

PIETTRO. Buenas pruebas me tiene de ello dadas, que á no ser por él, aquellas furias infernales, que ya están en el profundo averno... Bueno me dejaron. ¡Infames!

CATALINA ¿Qué os hicieron?

PIETTRO. Ponerme el pellejo como una criba. Mi amo, que entonces no lo era, fué mi ángel salvador. Es el mejor de los hombres; tan bueno como fuerte, tan generoso como bravo. Mirád, en una ocasion, en América, hallábase en el campo con varios amigos y las esposas é hijas de estos; iban todos á caballo. De pronto se oye un grito de suprema agonía. Un toro bravo que se habia extraviado de la torada, arremetió con furia á la jaca en que cabalgaba una de las jóvenes. La señorita, al caer se habia desmayado.

CATALINA ¡Dios mio!

PIETTRO. Cuando el toro inclinaba la cerviz para herir á su segunda víctima, dos manos de hierro sujetaron por las astas á la fiera, que en vano luchó por desasirse de los duros lazos que le oprimian. La jóven fué puesta á salvo; el cornúpeto quedó rendido y mi amo fué el vencedor de tan gran hazaña: es un Sanson.

CATALINA Ya se conoce.

PIETTRO. Si ve una necesidad la socorre inmediatamente sin preguntar el nombre de la persona á quien favorece. Siempre está pronto á sacar la espada en defensa del débil, y con la misma tranquilidad con que yo me engullo la pechuga de una dorada perdiz ó me bebo un vaso de buen vino, él anda á tiros ó á palos sin reparar en el número de enemigos. Suele decir que en Aragon, su tierra, todos sirven lo mismo para un fregado que para un barrido. Solo tiene un defecto, que le reprendo muy á menudo: gusta mucho de las mujeres.

CATALINA Sí, ya me ha dado de ello pruebas.

PIETTRO: Os habrá hecho alguna caricia. Hace mal en jugar con los gatos.

CATALINA ¿Eh? (*Picada.*)

PIETTRO. O con las gatas, habia trocado el sexo.

CATALINA ¡Pues, me gusta! Me tomais á mi por...

PIETTRO. Allá, en mis verdes mocedades, cursé las aulas y de mis estudios de Historia natural vine á deducir que la mujer desciende en línea recta de la raza felina, y eso lo demuestran bien claramente los instintos de que hacen gala, y las uñas que sacan con frecuencia cuando menos se lo piensa uno.

CATALINA Vale mas tomarlo á risa.

PIETTRO. *Veritas una est.* La verdad es una. ¿Y á todo esto, por dónde andará mi señor?

CATALINA Ya lo habia olvidado. Me encargó os dijera que prepararais algunas bilas y el bálsamo milagroso.

PIETTRO. (*Asustado.*) ¡Santo Dios! eso quiere significar...

CATALINA Que ha ido á batirse.

PIETTRO. ¡A batirse!... ¡en ayunas!... Alguna Eva habrá de por medio.

CATALINA Acertasteis.

PIETTRO. Líbreme Dios de ellas.

CATALINA Vamos, señor desdeñoso, que no dejareis de recibir muy á gusto un abrazo mio. (*Tendiéndole los brazos.*)

PIETTRO. (*Huyendo y persignándose.*) *Fugite, mulier, fugite.* (*Se dirije precipitadamente á la escalera de la izquierda y entra en la habitacion número* 4.)

ESCENA V.

CATALINA, *luego* ALBERTO *y varios* CABALLEROS.

CATALINA Ja, ja, ja. ¡Qué hombre tan particular! Y á fé que charlando, charlando, me he entretenido mas de lo conveniente.

ALBERT. (*Aparece en la puerta del fondo hablando con los caballeros que le acompañan.*) Estará aguardándonos. Hola, Catalina.

CATALINA Muy buenos dias, señores. En la sala grande (*señala el número* 2) está dispuesta la mesa. Os daré un suculento almuerzo.

ALBERT. Anticipadamente te doy las gracias, porque tengo, mas que apetito, hambre. Por lo visto somos los primeros en acudir á la cita.

CATALINA A menos que algunos de los convidados hayan llegado á la sala, penetrando por la puertecilla de la callejuela que he mandado abrir.

UNO. Vamos á verlo.

VARIOS. Vamos. (*Los caballeros se dirijen á la escalera de la izquierda y desaparecen.*)

ESCENA VI.

ALBERTO Y CATALINA.

CATALINA ¿Os quedais?

ALBERT. Sí, porque deseo que me aclares una duda.

CATALINA Como pueda no dejaré de hacerlo.

ALBERT. Puedes, pues segun me han dicho, aquí se adquirió la noticia que anhelo esclarecer.

CATALINA Ya presumo á lo que os referís.

ALBERT. ¿Es verdad que está próxima á llegar aquí madama Deperville?

CATALINA Aguardándola estoy de un momento á otro.

ALBERT. Durante algun tiempo llegué á creer que habia muerto, y con tal motivo escribí una carta á mi amigo Gustavo dándole la mas cumplida enhorabuena.

CATALINA ¡Enhorabuena!

ALBERT. Cuando mas tarde supe que existia Carlota, tomé de nuevo la pluma para dar el pésame al infortunado esposo.

CATALINA ¡El pésame!

ALBERT. Nunca pudo darse con mayor motivo, y tú no ignoras el por qué.

CATALINA No creo que mi señora fuese tan culpable como se supone. Es verdad que entre ella y Mr. Valudiere existian relaciones, pero, segun presumo, no eran amorosas.

ALBERT. (*Maliciosamente.*) Ya.

CATALINA Puedo juraros que así se me habia dado á entender.

ALBERT. Creo en tu inocencia.

CATALINA ¿Y qué ha sido de Mr. de Deperville?

ALBERT. Lo ignoro; he perdido la cuenta del tiempo que se ha

pasado sin recibir de mi amigo la menor noticia. En cambio, tú, parece que has sostenido frecuente correspondencia con tu antigua ama.

CATALINA No. Mas de un año se habia transcurrido sin saber nada de ella, cuando ayer recibí una carta fechada en Nantes, en la cual me comunicaba que hoy llegaria á esta poblacion, en la que pensaba detenerse solamente algunas horas, y esto por el solo placer de verme.

ALBERT. Si llega en tanto que estamos en la mesa, avísamelo, para salir por la otra puerta.

CATALINA ¿Tanto la odiais?

ALBERT. Ella ha sido la causa de la perdicion de mis dos mejores amigos. ¡Pobre Roberto! ¡Desgraciado Gustavo! Fué para ambos el ángel de la muerte.

ADOLFO. (*Aparece por la puerta del fondo.*) Amigo mio, te sorprendo hablando de cosas lúgubres.

ESCENA VII.

DICHOS. **ADOLFO** *y á poco* **SANTIAGO.**

ALBERT. Tarde llegas, mi querido Adolfo. (*Tendiéndole la mano.*)

ADOLFO. (*Que lleva vendada la diestra y la alarga.*) Procura no apretar demasiado.

ALBERT. Qué es eso, ¿estás herido?

ADOLFO. Sí; un rasguño sin importancia.

ALBERT. ¿Con qué te has lastimado?

ADOLFO. Con la punta de un acero manejado de una manera maravillosa, por mano de un español, tan bravo como hidalgo.

CATALINA (*Aparte.*) (El aragonés es todo un hombre.) Con permiso, voy á dar un vistazo por la cocina. (*Se retira por el fondo.*)

ALBERT. Cuéntame, si puedo saberla, cual fué la causa orígen del duelo.

ADOLFO. Madama de Deperville.

ALBERT. No comprendo...

ADOLFO. Anoche, á última hora, hallábame en aquella sala (*señalando la señalada con el número* 2) apurando unas botellas de exquisito Málaga, en union de dos amigos mios. Entre otras muchas cosas salió á relucir madama de Deperville, y no bien hube acertado á formular mi opinion, poco favorable respecto á tal mujer, cuando un caballero, que ocupaba la mesa vecina, me dirigió la palabra para suplicarme que me retractara de lo dicho; neguéme á complacerle y de ahí vino la querella que ha terminado con un duelo. Mi adversario se ha

satisfecho con bien poca cosa, puesto que á querer pudo matarme.

ALBERT. De modo, que el español en cuestion se constituye en Quijote de madama de Deperville?

ADOLFO. La defiende con gran calor.

ALBERT. No le envidio.

ADOLFO. Y no parece dispuesto á transigir.

ALBERT. En buen hora; él podrá creer lo que guste, así como yo, fuerte en mis opiniones, no me cansaré de afirmar que madama de Deperville es una mujer despreciable.

SANTIAGO (*Adelantándose.*) Mentís, señor mio.

ALBERT. (*Volviéndose.*) ¿Qué?

SANTIAGO He dicho que mentís. Por lo visto los hombres de esta tierra tienen poco fino el oido.

ALBERT. O acaso sea que les lastima los tímpanos escuchar frases mal sonantes.

ADOLFO. (*Aparte.*) (Sospecho que el dia terminará trágicamente.)

SANTIAGO Es cuestion de temperamento.

ALBERT. El mio no es bastante á propósito para tolerar inconveniencias á un desconocido.

SANTIAGO Yo no las soporto ni aun de aquel ó aquellos á quienes conozco mucho.

ALBERT. ¿Quién os autoriza para mezclaros en lo que no os importa?

SANTIAGO ¿Y quién os asegura que no me importe y mucho la mujer á quien habeis ultrajado?

ALBERT. Tanto peor para vos.

SANTIAGO Eso está por ver, porque pende de mi cinto una toledana tan juguetona y amante de lucirse, que no hay mas pedir; desde hace algunos segundos está retozando la pobrecilla y gritándome á voz en grito que la saque de la cárcel de cuero en que gime prisionera; habla en buen español, claro y sin ambages y aun no se ha dado el caso de que nadie la obligue á enmudecer; de ello podreis convenceros si os dignais salir conmigo á dar un paseito hasta la próxima alameda.

ALBERT. ¿Imaginais que un hombre que como yo se llama Alberto de Amanlis, puede batirse con el primer prójimo que se le presente?

SANTIAGO Alto ahí. Soy D. Santiago de Monteleon, hidalgo aragonés, de linaje tan esclarecido como el que mas. En España, cuando dos hombres necesitan dirimir una contienda con las armas en la mano, no se entretienen en hablar de genealogias; allí se va al grano directamente; se contesta en el mismo tono que se pregunta: con la palabra, á palos, tiros ó estocadas; arremete el ofendido contra el ofensor; el vencedor se aleja del

sitio del combate; al vencido se le entierra y *laus deo*, como suele decir la gente que usa cogulla.

ALBERT. No tengo nada que oponer; nos batiremos.

SANTIAGO Eso es hablar en buen lenguaje. (*Gritos dentro del cuarto número* 2.)

UNA VOZ. ¡Eh! ¡Adolfo! ¡Alberto! ¿En qué mil diablos estais pensando? El almuerzo os espera. (*Dentro.*)

ALBERT. Somos con vosotros al instante. (*Dirigiéndose á Santiago.*) Se me obsequia con un festin, en albricias á haber sido nombrado magistrado de esta localidad, de cuyo destino tomaré posesion á las cuatro de la tarde, si es que vuestra graciosa toledana no me lo impide. ¿Seriais bastante amable para aplazar hasta las dos nuestro paseo?

SANTIAGO Con mucho gusto; lo cortés no quita á lo valiente.

ALBERT. Este amigo tendrá la bondad de apadrinarme.

SANTIAGO Con vuestro permiso iré á prevenir al que deberá honrarme de igual manera. Hasta las dos, en la alameda de los Sauces.

ALBERT. No faltaremos.

SANTIAGO (*Saluda y al retirarse por el fondo exclama:*) (Como siga viviendo un mes en esta poblacion voy á darle mucho que hacer al sepulturero.)

ESCENA VIII.

ADOLFO, ALBERTO, *á poco* CATALINA, MADAMA DE DEPERVILLE Y GAUTIER.

ALBERT. Verdaderamente es un hombre muy simpático.

ADOLFO. (*Preocupado.*) Sí.

CATALINA (*Dentro.*) (Por aquí, señora, por aquí.)

CARLOT. (*Dentro.*) Que no bajen el equipaje de la silla de posta.

ALBERT. Es su voz, la reconozco. Vámonos, no quiero tropezar con esa víbora. Arriba nos espera la alegria, alegrémonos; despues, sucederá lo que haya de suceder. (*Alberto y Adolfo se retiran por la escalera izquierda.*) (*Aparecen por el fondo Carlota, Catalina y Gautier.*)

CARLOT. Mi buena Catalina, tu presencia refresca en mi mente tristes recuerdos del pasado. (*Toma asiento junto á un velador.*)

CATALINA Los malos recuerdos se hace necesario desecharlos de la memoria sin ningun género de contemplaciones.

CARLOT. (*Hipócritamente.*) ¡Cómo olvidar á mi querido esposo! Fatal error le impulsó á huir de mi lado y desde entonces vivo muriendo. (*Aparenta enjugarse las lágrimas.*)

CATALINA (*Aparte.*) (Y aun hay quien se atreva á suponerla

mala cuando es poco menos que santa. La verdad es que deberia hacerse un picadillo con las lenguas de los hombres.) No hay que afligirse, señora. Algun dia, acaso no lejano, Mr. Deperville, reconociendo lo injusto de su proceder, se apresurará á repararlo arrojándose á vuestras plantas para obtener su perdon.

CARLOT. Supongo que tendrás noticias suyas.

CATALINA Ninguna.

CARLOT. Como ha de ser. Dios dispondrá.

CATALINA Sí, él se apiada siempre de los que sufren.

CARLOT. Dices bien, querida. Anda, anda á tus quehaceres en tanto que doy algunas órdenes á mi buen Gautier.

CATALINA Aprovecho el permiso, porque hago falta por allá dentro. Si la señora necesita algo, no tiene mas que agitar la campanilla.

CARLOT. Por ahora solo quisiera papel; pluma y tintero ya lo hay aquí.

CATALINA Al momento. (*Saca del armario ó del cajon de la mesa una caja y la coloca en el velador.*) Aquí queda todo lo necesario.

CARLOT. Está bien. (*Vase Catalina por el fondo.*)

ESCENA IX.

CARLOTA Y GAUTIER.

GAUTIER Por de pronto, Catalina no puede orientarnos acerca del paradero de tu dichoso marido. A bien que en la policía espero adquirir los informes que necesitamos.

CARLOT. Si no damos con Gustavo, ¿de qué me servirán los años que me he sacrificado sufriendo la tiranía de un anciano tan raro como déspota?

GAUTIER En efecto, el tio de Mr. Deperville era insoportable.

CARLOT. Y aun querias que dilatara... Debí acabar hace ya algunos meses, desde que hizo testamento.

GAUTIER (*Bajando la voz.*) Temí que, precipitar la muerte del anciano, inspiraria sospechas que pudieran sernos fatales.

CARLOT. (*Con sonrisa siniestra.*) Aquel licor es maravilloso y ya sabes que no deja la menor huella de sí. Una congestion cerebral ha concluido con los dias del anciano Vandik.

GAUTIER Y no obstante si mis sospechas se realizan, si es cierto que últimamente otorgó otro testamento y con el tiempo aparece...

CARLOT. No creo en tal cosa.

GAUTIER El vejete, pocos dias antes de morir, se convenció de que concedias determinadas preferencias al jóven En-

rique de Solki y tal convencimiento le irritó en gran manera.

CARLOT. Ya conseguí aplacarle.

GAUTIER O fingió que se aplacaba.

CARLOT. No.

GAUTIER ¿Pues qué puede significar el borrador que hallé en el secreter del difunto? El contenido es corto, pero no deja lugar á dudas: «Es mi postrera é irrevocable voluntad que el hijo de mi hermana Amelia, Mr. Gustavo Deperville y Vandik, herede la totalidad de mi fortuna. Quedan nulas y sin ningun valor mis anteriores disposiciones testamentarias.» Así dice el papel que conservo, escrito de puño y letra del anciano Vandik. Ahora, lo que falta saber es, caso que exista el original, el agujero en donde está metido. Al efecto, como no me diste tiempo para leer uno por uno los papeles pertenecientes al anciano Vandik, cargué con ellos y á su tiempo sabré...

CARLOT. (*Impaciente.*) Déjate ahora de tonterías y procura...

GAUTIER ¿Averiguar el paradero de tu amado esposo?

CARLOT. El posee en estas cercanías un castillo...

GAUTIER Voy á indagar y no dejaré piedra por remover.

CARLOT. Cuanto antes mejor.

GAUTIER Al instante. (*Gautier se retira por el fondo.*)

ESCENA X.

CARLOTA, *luego* CATALINA Y SANTIAGO.

CARLOT. Busca y halla; sírveme bien basta el fin, que cuando llegue el momento oportuno quedarán bien pagados tu servicios, querido hermano. Escribamos á mi amiga Sofía, ella hará por su parte cuanto pueda por indagar lo que me conviene saber. (*Escribe.*) (*Catalina y Santiago aparecen en el fondo.*)

CATALINA (*Desde la puerta é indicando á Carlota.*) (Miradla; ahí está y con ella os dejo, que hago falta en otra parte.)

SANTIAGO (Anda con Dios, mata corazones.) (*Catalina se aleja.*) (*Fijando la mirada en Carlota.*) Por lo que acierto á ver mi sobrina es una buena moza completa, no imaginaba hallarla tan... tan mujerona, pero cinco años dan mucho de sí y esa fecha se ha cumplido ya desde que la ví por última vez ¿Qué la habrá conducido á este país? Debo anunciarme regañándola...? No, mejor será que empiece por darla un abrazo; tiempo queda sobrado para lo otro. (*Se aproxima muy quedo á Carlota y*

al llegar á ella abarca con los brazos su cintura.)

CARLOT. (*Dando una esclamacion de susto pero sin gritar:*) ¡Ah! ¿quién?...

SANTIAGO Soy yo, hermosa mia.

CARLOT. Soltad ó doy voces. (*Vuelve el rostro. Santiago hace un gesto de sorpresa y la suelta.*)

SANTIAGO ¡No es ella! Perdonad, señora.

CARLOT. ¿Habiais creido?

SANTIAGO Que se trataba de mi sobrina.

CARLOT. (*Sonriendo.*) Visto luto por el único tio que tenia.

SANTIAGO Celebro en el alma no ser yo ese tio.

CARLOT. De todos modos, hay que convenir en que teneis un modo de anunciaros demasiado... como diré yo...

SANTIAGO ¿Demasiado íntimo?

CARLOT. Exactamente.

SANTIAGO Soy muy llanote.

CARLOT. Ya se deja conocer.

SANTIAGO ¡Oh! sentiria que me tomarais por un hombre poco educado, ignorante de los miramientos que se les debe á las damas. (*Aparte.*) (¡Magnífica hembra!)

CARLOT. Quedais dispensado.

SANTIAGO No sé cómo agradecer... Se me antoja que no quedais del todo desagraviada.

CARLOT. Lo estoy, que no ha sido tan grande la ofensa.

SANTIAGO (*Aparte.*) (Bendita sea tu boca.)

CARLOT. (*Aparte.*) (¡No se vá!)

SANTIAGO Deseo que comprendais hasta qué punto soy digno de disculpa. Catalina me ha dicho: «ahí teneis á madama de Deperville.»

CARLOT. Y ha dicho la verdad.

SANTIAGO ¿Que ha dicho la verdad?

CARLOT. Sí, puesto que soy madama de Deperville.

SANTIAGO ¿Estais bien segura de ello?

CARLOT. ¿Qué significa tal pregunta?

SANTIAGO (*Dándose una palmada en la frente.*) Vamos, ya caigo en lo que esto es. Sin duda hay dos damas que llevan el mismo apellido; una de ellas, la conozco muy bien y no sois vos seguramente.

CARLOT. Tal vez sea lo que presumís.

SANTIAGO No puede ser otra cosa.

CARLOT. El error no hubiera existido, á deciros que se trataba de la esposa de Mr. Gustavo Deperville.

SANTIAGO (*Aparte.*) (¡Cáspita, esto sí que es gordo!) ¿Decís que vuestro esposo se llama Gustavo?

CARLOT. Sí.

SANTIAGO ¿Es natural?...

CARLOT. De la ciudad de Burdeos, y para que no os molesteis más haciendo preguntas que van siendo enojosas, aña-

diré á lo dicho, que el padre de mi esposo se llamaba Jacobo y era acaudalado armador.

SANTIAGO ¿Y cuanto tiempo hace que se celebró vuestro matrimonio? perdonad si insisto en molestaros.

CARLOT. Seis años.

SANTIAGO (*Aparte.*) (Cuatro años antes de verificarse el de Juana... ¡Ah ta, ta, ta! Ya caí de mi burro, como suelen decir los de mi tierra. Esta, es una antigua querida de mi señor sobrino político y desea conservar el nombre de su amante. Será preciso hacerla desistir de tan perniciosa manía. ¡Diablo, yo todo lo tomo á broma, menos las cuestiones que atañen al honor!)

CARLOT. (*Aparte.*) (¿En qué estará pensando? Parece un hombre muy singular.) A todo esto, aun ignoro con quien tengo el gusto de estar conversando.

SANTIAGO Me llamo Santiago de Monteleon y he tenido esta mañana la humorada de batirme por vos y el pesar de herir á mi simpático adversario.

CARLOT. (*Sonriendo.*) (*Aparte.*) (Qué hombre tan raro.) Lo siento mucho.

SANTIAGO Más debe sentirlo él, porque aunque leve una herida, siempre molesta.

CARLOT. No está en mi mano remediar lo que hizo la vuestra.

SANTIAGO No obstante, de esta entrevista resulta una resurreccion.

CARLOT. Pues ya pasó el tiempo de los milagros.

SANTIAGO A las dos, y tambien por vuestra causa, debia batirme hoy por segunda vez con un noble caballero, al cual me proponia expedir patente para el cementerio; como el desafío no se verificará, he aquí cómo el individuo en cuestion, de muerto que podia contarse continuará formando parte de los séres vivientes...

CARLOT. Veo que teneis un génio sumamente alegre y aun cuando gusto de las gentes festivas no me agrada que abusen de mi bondad.

SANTIAGO Pues por mi parte, bueno será sepais que á pesar de mi genial festivo, no transijo poco ni mucho en cuestiones de honra. Pienso presentar mis escusas al caballero que ofendí por haber pronunciado contra vos una frase harto dura, que yo imaginaba dirigida á mi sobrina.

CARLOT. ¿Pero, qué tengo yo que ver con vuestra sobrina?

SANTIAGO Nada, á Dios gracias; pero no me atreveré á decir otro tanto respecto de mi sobrino. Habeis de saber, señora, que Mr. Gustavo Deperville, hace dos años contrajo matrimonio con la señorita Doña Juana Ponce de Monteleon, hija de mi hermana; y que los recien casados viven en una quinta cercana á Calatayud, gozando en santa calma las delicias de su luna de miel.

CARLOT. ¡Casado! ¡Gustavo casado! ¿Cómo ha podido ser eso?

SANTIAGO Dándose las manos, leyendo el cura la epístola de San Pablo, echándoles luego la bendicion, y punto concluido; en mi familia todo el mundo se casa de esa manera.

CARLOT. ¿Asistísteis á la ceremonia?

SANTIAGO No hacia falta allí mi presencia. Hallábame por aquel entonces en América; hace muy poco que he regresado á Europa y me hallo en camino del paraiso terrenal, esto es, de España. Dentro de breves dias, estrecharé entre mis brazos á mi sobrina Juana Deperville, de cuyo apellido os suplico que os despojeis. (*Aparece Gautier en la puerta del fondo y se detiene al ver que un desconocido habla animadamente con Carlota.*)

CARLOT. ¡Caballero!

SANTIAGO Y si no basta, os lo mando.

CARLOT. (*Con altivez.*) ¡Mandar!

SANTIAGO Y quiero ser obedecido. Yo sé bien hasta qué punto se le deben guardar consideraciones á una aventurera. (*Gautier baja hasta colocarse al lado de Santiago de modo que éste queda ocupando el centro.*)

GAUTIER (*Con acento brusco.*) Atajad la lengua, ó de lo contrario, juro á Dios...

SANTIAGO (*Santiago mira desdeñosamente de arriba á bajo á Gautier, y luego volviéndose hácia Carlota, dice con mucha naturalidad.*) ¿Quién es este abejorro?

GAUTIER Yo... (*Se contiene ante una seña que le hace Carlota.*)

SANTIAGO (*Despreciativamente.*) Nadie te da vela en este entierro; y si no deseas que la punta de mi bota trabe conocimiento con tu desgarbado cuerpo, traga saliva y cállate. En cuanto á vos, señora, recordad bien lo que acabo de imponeros; recordadlo, y si procedeis con buen acuerdo me evitareis tener que apelar á determinados extremos, que siempre son sensibles cuando se trata de una mujer y de una mujer hermosa; tened en cuenta que pertenezco á la raza de aquellos hombres que no amenazan en vano y á los cuales no cautivan ojos tan seductores como los vuestros, ni espantan sabandijas de esta especie (*por Gautier.*) He dicho; tengo el honor de saludaros. (*Se retira por la escalera de la izquierda. Gautier hace un movimiento como para seguir á Santiago, Carlota le detiene.*)

ESCENA ÚLTIMA.

CARLOTA, GAUTIER *y á poco* PIETTRO.

GAUTIER Por los cuernos del diablo...

CARLOT. Calla y sígueme...

GAUTIER Pero...

CARLOT. ¿La silla de posta?...

GAUTIER En el patio, pero...

CARLOT. Acabo de hacer un gran descubrimiento.

GAUTIER ¿Un descubrimiento?

CARLOT. Sé dónde se oculta Gustavo.

GAUTIER Algun diablo nos proteje.

CARLOT. Salgamos cuanto antes, no quiero permanecer por más tiempo aquí. (*Vase por el fondo.*)

(*Piettro se deja ver en el descansillo.*)

PIETTRO (*Desde lo alto.*) (Pero ese almuerzo...)

GAUTIER (*Que se ha entretenido en recoger el sombrero que á su salida dejó sobre una silla, se encamina hácia el fondo.*) Veremos si de esta vez hacemos la gran jugada. (*Desaparece. Piettro que ha acertado á verle el rostro, dá muestras de hallarse poseido de gran espanto. Al pronto le es imposible articular una palabra; al fin tras largo sufrir, exclama lleno de terror:*)

PIETTRO ¡El!... ¡él!... ¡mi... ase... sino... Dios... me valga!... (*Cae desplomado sobre el descansillo.*)

ACTO TERCERO.

Las dos rivales.

Sala de paso de una quinta. En el fondo tres grandes arcos que facilitan acceso á los jardines. Puertas laterales en el segundo término respectivo.

ESCENA I.

JUANA Y SANTIAGO.

(*Entran por el fondo asidos por el brazo.*)

SANTIAGO ¡Delicioso! ¡delicioso!

JUANA. Pues aun os falta mucho que ver.

SANTIAGO Gustavo ha ofrecido acompañarme á visitar el parque, tan luego como le dejen en paz los campesinos con quienes está hablando en estos momentos. (*Juana y Santiago toman asiento uno junto al otro.*) Vamos, veo que habré de renunciar á mis contínuas excursiones y fijarme en estos contornos.

JUANA. Sí, querido tio, ya es hora de que permanezcais tranquilo.

SANTIAGO (*Sonriendo.*) Buen modo has tenido de llamarme viejo.

JUANA. No ha sido tal mi intencion.

SANTIAGO Cuarenta y cinco navidades no son grano de anís.

JUANA. A esa edad un hombre es jóven todavía. Debiais pensar en casaros.

SANTIAGO (*Rápidamente.*) Antes la muerte. No, he querido decir que la... pues... el cariño que te tengo... quiero que me heredes.

JUANA. Soy ya bastante rica.

SANTIAGO Así lo serás más; por mucho trigo nunca es mal año; y luego, fuerza es que Santiaguillo y sus hermanos cuenten con buena fortuna para sostener el explendor de su nombre.

JUANA. ¡Santiaguillo y sus hermanos! ¿Quiénes son esos?

SANTIAGO Toma, los que vendrán á no dudarlo.

JUANA. Tio. (*Inclinando la cabeza.*)

SANTIAGO Santiago ha de llamarse tu primer hijo si es varon, y Margarita, como tu madre, si es hembra. En el primer caso, yo me encargaré de educar al chiquitin y te aseguro que al cumplir los diez años ha de ser ya un mozo completo, capaz de habérselas á estocadas con el mismísimo Satanás en persona.

JUANA. (*Con la mayor ingenuidad.*) No, no quiero que se esponga á morir de mala muerte. Estará siempre junto á mí.

SANTIAGO No faltaba otra cosa.

JUANA. ¿Quién tiene más derecho que yo á gozar de sus caricias?

SANTIAGO ¿Y es bien que un hombre esté siempre pegado á las faldas de su madre? ¿Quieres hacer de Santiaguillo un mandria que se asuste al sentir el vuelo de una mosca?

JUANA. (*Soltando una franca carcajada.*) Já, já, já.

SANTIAGO ¿Te ries?

JUANA. Querido tio, ¿no ha de causarme risa que armemos querella tratando de un sér que no existe?

SANTIAGO Verdaderamente... pero, Santiaguillo vendrá, vaya si vendrá.

JUANA. Pues cuando haya venido continuaremos la discusion.

SANTIAGO Eres tan discreta como buena y hermosa; tu esposo debe considerarse el hombre mas feliz de ambos hemisferios y no tendria perdon de Dios si no procurase labrar tu dicha.

JUANA. Ya la procura.

SANTIAGO No lo dudo; parece ser un completo caballero; tiene aspecto formal y no es de suponer que ahora se entregue á devaneos que pudieran acibarar la paz conyugal. En cuanto á lo de antaño... (Maldita lengua.)

JUANA. (*Un tanto alarmada.*) ¿Qué? Deciais...

SANTIAGO Pues, decia... no hay hombre que allá en sus mocedades haya dejado de tener... así, vamos, algun tropiezo, existe tanta Eva descarriada en este pícaro mundo, que... En fin, tú no sabes nada de esas cosas y vale mas que las ignores siempre. (Si no hago punto final acabaria por cometer un disparate.)

JUANA. Me habiais alarmado. Amo tanto á mi Gustavo... su amor es mi vida y si llegara á perderle, si otra...

SANTIAGO Vamos, vamos, chiquitina mia, no hay que pensar en semejante disparate...

JUANA. Es que... de cuando en cuando advierto en mi esposo una tristeza...

SANTIAGO (Malo.)

JUANA. Que en vano trata de disimular. No quiero ni aun presumir que sea una mujer la causa de sus melancolías, porque, solo pensarlo causaria mi muerte.

SANTIAGO (Pues ándate con tiento, lengua mia y cuida de no hablar mas de lo que debes.)

JUANA. ¿Os habeis quedado pensativo?

SANTIAGO Reflexionando estaba en... (¿en qué estaria yo reflexionando?) En...

PIETTRO (*Asomando por el arco de la izquierda. Su delgadez debe contrastar de una manera notable con su anterior gordura.*) ¿Señorita?

SANTIAGO (Esto se llama llegar á tiempo.)

JUANA. ¿Se ofrece algo?

PIETTRO (*Adelantando algunos pasos.*) En el pabellon del jardin, queda aguardando una monja á su señoría; así me ha dicho el jardinero que lo anunciara.

JUANA. ¡Ah! ya sé.

SANTIAGO ¿Te visitan monjas?

JUANA. La que me está aguardando me vió ayer por vez primera. Es la anciana fundadora de un hospicio, cuya casa se halla en Bretaña, edificada cerca de un castillo que es propiedad de Gustavo. La buena superiora ha venido á España con el solo objeto de rogar á mi esposo ceda al benéfico asilo algunos palmos de tierra...

SANTIAGO ¿Y tu esposo?...

JUANA. Ha accedido gustoso. Ahora, en cumplimiento de lo que ayer ofrecí á la religiosa que me aguarda, voy á entregarla algunos recursos, que buena falta la hacen.

SANTIAGO Eres un ángel.

JUANA. Voy...

SANTIAGO Aguarda. (*Dirigiéndose á Piettro.*) ¿Espadin?

PIETTRO (*Saliendo de su ensimismamiento.*) ¿Señor?

SANTIAGO Entra en el aposento que se me ha destinado, saca de la maleta cien ducados y tráelos. (*Piettro se aleja por la puerta izquierda.*) (*A Juana.*) Quiero que los agregues á tu donativo.

JUANA. Gracias, en nombre de los infelices albergados en el hospicio del Niño Jesus.

SANTIAGO Tienen en tí una hechicera protectora.

JUANA. Sois muy adulador.

SANTIAGO Cuando hasta mi criado te encuentra bella, mucho necesitas serlo.

JUANA. A propósito de vuestro criado: parece hallarse enfermo.

SANTIAGO Y acabará por morirse si no logra curarse de sus ma-

nias. Estaba rollizo como un tudesco y en brevísimo intérvalo de tiempo ya ves cómo se ha quedado. A mí me gusta aplicar bien los nombres á las cosas; antes, le llamaba Botija, porque á tal objeto se asemejaba; ahora, le llamo Espadin y mucho me temo que al paso que vá acabe por convertirse en espátula.

JUANA. Pobre hombre.

SANTIAGO Dí, pobre esqueleto y hablarás mas propiamente. Mírale; (*indicando la puerta por la cual se deja ver Pietro á su debido tiempo.*) En cuanto sople un poco de aire sospecho que me quedo sin criado.

PIETTRO (*Saliendo y entregando á Santiago un bolso de cuero.*) Señor hé aquí lo que habeis pedido.

SANTIAGO (*Poniendo la bolsa en manos de Juana*) Toma, hija mia.

JUANA. Un abrazo y hasta luego.

SANTIAGO (*Abrazando á Juana.*) Anda con Dios, lucero.

ESCENA II.

SANTIAGO Y PIETTRO.

(*Santiago acompaña á Juana hasta dejarla en el arco de la izquierda. Al adelantarse nuevamente hácia el proscenio observa que Piettro acciona, hace gestos y mueve los lábios sin pronunciar ni una palabra. Pequeña pausa.*)

SANTIAGO (*Tras breve contemplacion.*) (*Aparte.*) (Habrá que pensar sériamente en curarle.) (*Colocando una mano en la espalda de Piettro.*) ¿En qué meditas?

PIETTRO (*La primera exclamacion se la arranca el terror.*) ¡Favor!... ¡Ah!...

SANTIAGO ¿Pero es posible que no logres ahuyentar de tu magin las necedades que te preocupan minando rápidamente tu salud? Apenas si pruebas alimento á contar desde el dia que en Bretaña imaginaste ver á tu asesino. Desde entonces duermes poco y sobresaltado; en todas partes temes encontrarte frente á frente del hombre que esgrimió contra tu pecho traidor puñal. ¿Qué vá á ser de tí, infeliz si no tratas de sobreponerte á tu ridículo miedo? Yo no puedo consentir que continúes así, es un cargo de conciencia.

PIETTRO (*Arrojándose á los piés de Santiago.*) ¡Ah! mi bueno, mi noble señor, no me acuseis de ingratitud si os ruego me dejeis partir.

SANTIAGO ¡Partir!

PIETTRO Sí.

SANTIAGO (*Prestando auxilio á Pietro para que se ponga de pié.*) Levanta.

PIETTRO Yo conozco que únicamente buscando un refugio muy oculto podré librarme de mi enemigo.

SANTIAGO ¿Y adónde irías?

PIETTRO A China, á la India, á la Mesopotamia; léjos, muy léjos; á la luna, á serme posible escalarla iria yo, á trueque de no volver á encontrarme cara á cara con el feroz Paolo. Ha jurado mi exterminio. Tengo la seguridad de que tampoco ha muerto mi mujer, el corazon me lo dice. Ella y su hermano me ódian y el dia en que tropiecen conmigo son capaces de achicharrarme por darse el gusto de contemplar como arde mi pelleja.

SANTIAGO Seguramente que tu cara mitad y su digno hermano te jugaron una broma muy pesada, pero, caso no probable de que existan aun, no es factible que piensen en tí; deben suponerte en el otro mundo desde la memorable noche en que se despidieron de tí de una manera tan amable como significativa; por lo tanto, es necedad supina la que te preocupa y desalienta.

PIETTRO. ¿Y si me reconoció en Bretaña mi cuñado?

SANTIAGO En Bretaña vistes visiones; ya estoy cansado de repetírtelo. Y sobre todo ¿no estás á mi lado? Aun cuando vivan tus asesinos y la casualidad te los ponga delante algun dia, ¿osarán acometerte estando á mi servicio? Y si tal intentaran, ¿no sabria yo castigarlos cumplidamente? Ensancha ese pecho y acuérdate de que has nacido hombre.

PIETTRO. Yo procuraré complaceros, señor.

SANTIAGO Entre tanto, bueno será que vayas á meterte en cama; tienes fiebre.

PIETTRO. Apenas puedo sostenerme de pié.

SANTIAGO Pues cuidado con dejar el lecho basta que yo lo mande.

PIETTRO. Está bien, señor. (*Retirándose.*) (¿Habrá resucitado Josefina ó andará en el mundo con permiso del diablo?) (*Vase por la puerta izquierda.*)

SANTIAGO No comprendo cómo he podido cobrar aficion á un criado tan medroso.

ESCENA III.

SANTIAGO, GUSTAVO Y JUANA.

GUSTAVO (*Por la derecha.*) Dispensadme, querido tio, me he detenido mas de lo que imaginaba.

SANTIAGO Entre familia deben escusarse los cumplidos. Me he

entretenido aquí muy agradablemente charlando, primero con mi sobrina y luego con mi buen Piettro, al que he mandado meterse en cama, en la que creo habrá de permanecer durante algunos dias; semanas tal vez.

GUSTAVO ¿Tan enfermo se encuentra? Mandaremos en busca del doctor.

SANTIAGO ¡Bah! no hace falta; la afeccion que sufre Piettro es moral; yo le procuraré el remedio que necesita; no se hable mas de ello, no quiero entristecerme cuando tengo tantos motivos de alegrarme al verme entre vosotros. La dicha de que disfrutais me enagena porque veo existe entre los dos perfecta conformidad y recíproca ternura.

JUANA. Es la cosa mas natural del mundo.

SANTIAGO ¡Diablo! Los diamantes y las perlas son tambien cosas muy naturales y no se encuentran en todas partes. No todos los matrimonios se llevan en paz y en gracia de Dios.

JUANA. No comprendo que nadie se case sin amor.

GUSTAVO ¡Oh! no siempre es uno dueño de seguir los impulsos de su corazon; el destino suele frecuentemente separar á los que debiera reunir.

SANTIAGO Pues mira cómo vosotros supisteis encontraros. ¿Cómo fué el conoceros?

JUANA. Una tarde en que mi santa madre y yo salimos á dar un paseo en carruaje por las afueras, al cruzar por el camino hondo asustóse el caballo que tiraba del carruaje en que íbamos, y se desbocó. Nuestro conductor fué derribado del pescante. Solo un milagro podia salvarnos...

SANTIAGO Y el milagro presentóse en forma de Gustavo ¿no es esto?

JUANA. Sí, él fué quien con riesgo de su vida salvó la nuestra.

SANTIAGO Y ya me explico lo demás. A la gratitud de la jóven siguióse el amor que su salvador supo inspirarle; éste, loco de alegría al verse correspondido se arrojó á los piés de la anciana, diciéndo: Señora, si me negais la mano de vuestra hija... etc., etc.

JUANA. Pues no señor; él, amaba, pero permanecia mudo. Mi buena madre, que de Dios goza, desde el lecho del dolor, al saber que Gustavo trataba de ausentarse, le dijo: «Conozco que amais á mi Juana, ella va á quedar huérfana muy pronto, yo moriría contenta si os viera unidos en santo lazo.» Pocos dias despues éramos esposos.

SANTIAGO (*A Gustavo*) ¿Con que os hicisteis de rogar para ser dichoso?

GUSTAVO Lo comprendereis al saber que hasta entonces la fatalidad parecia haberse empeñado en seguir mis huellas, y por eso no queria encadenar á la mia la suerte de Juana. Quise huir de ella para sustraerla á mi desgracia; pero no supe resistir á los deseos de la moribunda y entregué mi mano á la adorable mujer que tenia cautivo mi corazon, y ante cuyas virtudes parecen haber cedido los rigores de mi adversa estrella.

SANTIAGO Conviene olvidar las amarguras del pasado cuando se goza de un presente risueño y tranquilo. Con que, si os parece, iremos á recorrer el parque.

GUSTAVO Necesito contestar á una carta que acabo de recibir; es cuestion de cortos instantes.

SANTIAGO Lo primero es lo primero.

GUSTAVO Querida Juana, acompaña entre tanto á nuestro tio; no tardaré en ir á vuestro encuentro.

JUANA. Dadme, pues, el brazo. (*A Santiago.*)

SANTIAGO Con guia semejante iria yo sin vacilar hasta la mas lejana de las regiones.

JUANA. (*A Gustavo.*) Que no tardes.

GUSTAVO Descuida.

JUANA. (No sé que observo en él... parece hallarse muy preocupado.(*Se retiran por el fondo izquierdo.*)

ESCENA IV.

GUSTAVO.

¡Ah! veamos lo que me anuncia Alberto. (*Sacando una carta.*) No sé por qué razon tiembla mi mano al abrir esta carta. (*Despues de leer para si.*) ¡Dios mio! Carlota se halla de paso en Francia, así me lo anuncia mi buen amigo. A donde se dirigirá la infame adúltera causa de mis desventuras. Habrá logrado saber... Desde que adquirí la evidencia de que Amanlis se habia engañado al suponerla muerta, vivo en constante sobresalto. Es indispensable que sepa á qué atenerme respecto al rumbo que ha emprendido mi mortal enemiga. Escribiré á mi amigo á fin de que haga las averiguaciones necesarias y me las trasmita inmediatamente. Juana, Juana adorada, no permita el cielo que tú seas víctima de mis desdichas.

LUCAS. (*Dentro.*) La señora debe hallarse en la sala.

GUSTAVO ¿Quién será? Salgamos antes de que me vean los que llegan. (*Se retira por la puerta derecha.*)

ESCENA V.

LUCAS, CARLOTA Y GAUTIER.

(*Salen por la derecha arriba.*)

LUCAS. ¡Ah! ¡tampoco aquí! estará seguramente en el jardin, iré á avisarla de vuestra llegada.

CARLOT. A ella sola, sin que nadie se aperciba. Tomad. (*Le da una moneda.*)

LUCAS. Gracias.(*Se retira por la izquierda.*)

ESCENA VI.

CARLOTA Y GAUTIER.

CARLOT. Deliciosa mansion. Aquí es donde Gustavo vive tranquilo y feliz.

GAUTIER Feliz, así nos lo han asegurado.

CARLOT. (*Sonriendo irónicamente.*) Creo no habrá de pesarle mi felicitacion.

GAUTIER Seguramente no la espera.

CARLOT. La lucha suspendida hace tres años, se reanudará en breve y mia ha de ser la victoria.

GAUTIER Me parece que has elegido mal dia para dar la batalla.

CARLOT. ¿Por qué?

GAUTIER (*Aproximándose á Carlota y en voz baja.*) Hoy, es el aniversario de la muerte de.....

CARLOT. ¡Bah! Jamás me ha inquietado el recuerdo de los difuntos. No te creia supersticioso.

GAUTIER Lo soy desde hace una hora.

CARLOT. ¿Y qué causa ha podido motivarlo? (*En tono irónico.*)

GAUTIER Será preciso decírtelo para que desaparezca la burlona sonrisa que juguetea en tus lábios. Cuando antes vine á dar un paseo por estos alrededores para adquirir algunos informes, llamó mi atencion un grupo de gente que atravesaba por una senda inmediata á la en que yo me hallaba de pié y recostado en el tronco de un árbol de frondoso ramaje.

CARLOT. Abrevia.

GAUTIER ¿Sábes quién formaba parte del grupo á quien antes he aludido?

CARLOT. Acaba.

GAUTIER (*Muy bajo.*) Tu primer marido.

CARLOT. (*Deja oir una burlona carcajada.*) Ja, ja, ja.

GAUTIER Rie cuanto quieras, pero yo te aseguro, que le he reconocido á pesar de la demacracion de su semblante.

CARLOT. (*En son de burla.*) Claro está, un espectro no puede permitirse el lujo de presentarse con el rostro sonrosado. (*Fijando la mirada hácia la izquierda.*) Una mujer y el criado que nos ha recibido se dirigen hácia aquí. Retírate.

GAUTIER (Iré á ver si doy con las huellas del resucitado y si le encuentro en paraje solitario, no volverá á reaparecer.) (*Váse por el fondo derecho.*)

CARLOT. Se aproxima el instante de la lucha. Aquí tenemos ya á la amante de Gustavo.

ESCENA VII.

CARLOTA, JUANA Y LUCAS.

LUCAS. (*Señalando á Carlota.*) Ved á la persona que desea hablaros.

JUANA. Señora... (*Saludando á Carlota.*)

CARLOT. (*Inclinando ligeramente la cabeza.*) Seria muy del caso que por de pronto nadie se enterase de nuestra conversacion. (*Juana hace una seña á Lucas y este se aleja.*)

JUANA. No puedo esplicarme cual causa motiva esta secreta entrevista.

CARLOT. No tardareis en comprenderla. ¿El dueño de esta quinta, no lo es Mr. Gustavo Deperville?

JUANA. Sí; mi esposo.

CARLOT. (*Con acento de ligera ironía.*) ¡Vuestro esposo! ¿Jamás, por incidencia, le habeis oido pronunciar el nombre de otra mujer? El de Carlota, por ejemplo.

JUANA. (*Sin tratar de ocultar su inquietud.*) Sí, entre sueños... muchas veces. ¡Dios mio! ¿Esa Carlota?...

CARLOT. Es el mio.

JUANA. Vos... sois vos...

CARLOT. Carlota de Saint-Albert, esposa de Gustavo Deperville. (*Santiago aparece en el fondo y al ver á Carlota hace un movimiento para avanzar pero se contiene. Juana por un instante queda como anonadada.*)

JUANA. ¡Santo Dios!

SANTIAGO (*Aparte.*) (¡Cómo! tal mujer aquí...) (*Se detiene.*) Escuchemos.

JUANA. (*Sobreponiéndose á su afliccion irguiendo la frente, dice:*) Aquí no hay más que una señora Deperville, y esa soy yo.

CARLOT. Vos, vos... quiero suponeros víctima de un engaño, pero, tened en cuenta que mis derechos sobre Gustavo son sagrados; preguntádselo á él mostrándole este

medallon que encierra mi retrato. (*Alargando un medallon que Juana toma maquinalmente.*)

SANTIAGO. (*Aparte.*) (Vive Dios, que á no tratarse de una mujer ya hubiera probado el peso de mi mano.)

JUANA. ¡Dios mio, Dios mio!

CARLOT. Por si quereis evitaros mayor vergüenza, he querido veros á solas.

JUANA. ¡Os atreveis!...

CARLOT. Por vuestro bien, á aconsejaros que salgais de esta casa sin que nadie os vea.

JUANA. ¡Oh!

SANTIAGO (*Aparte.*) (Esto ya es demasiado.) (*Bajando al proscenio y colocándose entre las dos interlocutoras.*) (*A Carlota.*) Léjos de cumplimentar mi mandato os atreveis á presentaros aquí con el pérfido intento sin duda de desunir un matrimonio. Tal conducta arguye que hay en vos algo de la víbora, y bueno será sepais que allá, en los bosques de América, aplasté con los piés en distintas ocasiones varios reptiles venenosos.

CARLOT. Caballero...

SANTIAGO Lo dicho dicho. (*Volviéndose hácia Juana y atrayéndola así.*) No llores, hija mia, que no es bien se goce el diablo haciendo derramar lágrimas á un ángel.

CARLOT. (*Con fiereza.*) ¡Ah! se me quiere obligar á proceder de otra manera?... Acepto. Volveré con las pruebas necesarias, y con ellas en la mano, y delante de un magistrado, reclamaré los derechos que se me quieren usurpar. (*Se retira por el fondo derecho.*)

SANTIAGO (*A Juana.*) Esa mujer ha mentido.

JUANA. Mi desventura es cierta, no lo dudeis.

SANTIAGO Es necesario tener una explicacion con tu señor esposo. Corro en su busca y veremos lo que dice: (*Aparte y alejándose.*) Aunque con harto dolor de mi corazon, si llega el caso, la punta de mi espada trabará conocimiento políticamente con el cuerpo de mi político sobrino. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

JUANA *sola y á poco* GUSTAVO.

JUANA. No, no, Gustavo es incapaz de haber cometido un crímen tan atroz. Ella ha hablado de pruebas irrecusables. Mi corazon se subleva ante la idea de que Gustavo haya podido engañarme villanamente, pero la duda ha penetrado en mi alma y en esta ocasion la duda es un horrible martirio.

GUSTAVO (*Sale por la puerta derecha. Va á dirigirse al fondo y al reparar en Juana se detiene.*) Juana.

JUANA. ¡Ah! (*Enjuga sus lágrimas y se vuelve hácia Gustavo.*)

GUSTAVO ¿Qué tienes? (*Corriendo al encuentro de Juana y tomándole una mano.*) Estás pálida, temblorosa.

JUANA. (*Mirando fijamente á Gustavo.*) ¿Me amas mucho Gustavo?

GUSTAVO ¡Que si te amo! Tu amor llena por completo mi corazon. Tú eres mi calma, mi felicidad, mi vida.

JUANA. ¿No has amado jamás á otra mujer?

GUSTAVO Jamás.

JUANA. Júralo.

GUSTAVO Pero... ¿á qué viene?...

JUANA. Júralo.

GUSTAVO Juro, que eres la única mujer á quien he amado; lo juro, por mi alma; por la santa memoria de mis padres.

JUANA. (*Retirándose de él con horror.*) ¡Ah! ¡qué perjurio!

GUSTAVO ¡Qué, dudas de mí! Juana, Juana mia.

JUANA. (*Poniendo ante la vista de Gustavo el medallon de Carlota.*) Mira.

GUSTAVO (*Con gran estupor.*) ¡Carlota!

JUANA. (*Llevándose la mano al corazon con acento de infinita tristeza.*) (*Aparte.*) (¡Dios mio!) (*Pequeña pausa. Gustavo, inclinada hácia el pecho la frente está como petrificado.*) Ahora comprendo á qué obedecian tus dudas, tus vacilaciones de otros tiempos. Cuando deseabas huir de mi lado y mi mano te retenia, por qué no decirme: «Antes de conoceros he amado á otra mujer que aún existe.»

GUSTAVO Decírtelo hubiera sido una blasfemia, Juana, porque, lo repito, nunca he amado más que á tí.

JUANA. Ante esta prueba que te abruma, ¿aún te atreves á hablar de tal manera?

GUSTAVO ¿Quién ha sido el infame que ha puesto en tus manos la maldecida imágen de Carlota?

JUANA. Ella en persona: hace cortos instantes se encontraba en el sitio que ahora ocupas.

GUSTAVO ¡Ella, la miserable, ha osado venir á profanar este asilo!

JUANA. Y se ha atrevido á decirme que me alejara del puesto que solamente á ella correspondia.

GUSTAVO (*Aparte.*) (Infame mujer.)

JUANA. ¡Y qué, no sale de tus lábios ni una palabra de protesta contra el insulto que me ha inferido! Pues bien, cuando vuelva, yo, delante de todos la echaré de esta casa.

GUSTAVO Juana...

JUANA. (*Exaltándose por momentos.*) Veremos si despues de haber dejado insultar impunemente á vuestra esposa defendereis en presencia de esta á vuestra querida.

GUSTAVO ¡Oh! Juana, Carlota no es mi manceba, es... mi esposa.

JUANA. ¡Justo cielo! (*Dejándose caer anonadada sobre una silla.*)

GUSTAVO ¡Ah! yo te ruego, postrado ante tus plantas, (*Arrodillándose*) que me escuches antes de condenarme.

JUANA. ¿Y pueden existir palabras que justifiquen el inaudito crímen que habeis cometido?

GUSTAVO Pueden atenuarlo cuando menos. Escucha: jamás amé á la mujer que me impuso la voluntad paternal... Carlota, es la más infame de las criaturas; ella despues de haber pisoteado mi honor arrastrándolo por el fango de sus vicios, atentó contra mi existencia. Solo debido á mi generosidad, de la que tarde me arrepiento, conserva la libertad, puesto que yo podia haberla acusado de adúltera y envenenadora. Una vez destruidas las pruebas de su delito huí de su lado abandonando la Francia. Dispuso el destino que te conociera cuando merced á la carta de un queridísimo amigo mio creí que habia muerto la miserable, causa de mis desdichas. Verte y amarte obra fué de un solo instante. Precipitadamente por complacer á tu moribunda madre verificóse nuestro enlace; cuando menos lo esperaba, cuando ya eras mi esposa, adquirí con terror la certidumbre de que mi amigo Alberto se habia engañado juzgando muerta á Carlota. Pero, si me amas como yo te amo, aún podemos ser felices. Abandonaré cuanto poseo á la ambiciosa mujer que ha venido á turbar nuestra ventura y huiré contigo á romotas tierras. Qué me importa todo si al fin logro conservar tu amor.

JUANA. ¿Qué me propones?... ¿Partir, cual suelen hacerlo los culpables? esto es, rodeándose del mayor misterio. No, no quiero infamarme; no quiero cubrir mi nombre de oprobio; no quiero que tu primera esposa tenga derecho á decir que la he robado su marido. Te amo, bien lo sabes, te amo hasta la idolatría, pero, ¡ay de mí! no tengo valor bastante para resignarme á la deshonra. (*Gustavo besa apasionadamente la mano de Juana.*)

GUSTAVO Cierto; solo en un momento de locura he podido hacerte la proposicion que acabas de rehusar indignada. Me amas, y esto es más de lo que podia apetecer mi corazon. Venga, pues, cuando guste Carlota y con ella mi desgracia. Castigue la ley al delincuente. (*Se retira por la puerta de la derecha.*)

ESCENA ÚLTIMA.

JUANA *á poco* SANTIAGO *y luego* CARLOTA, GAUTIER, LUCAS, JUEZ, ALGUACILES Y ALDEANOS.

JUANA. Es verdad, la ley... ¡infeliz! (*Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha, se detiene al escuchar el rumor de varias voces que se dejan oir.*) Qué ocurrirá. (*Viendo á Santiago que sale por la izquierda arriba.*) ¿Quién promueve el tumulto que se percibe?

SANTIAGO Un alcalde de casa y córte con sus corchetes correspondientes, la aventurera de marras y una multitud de aldeanos. ¿Donde está tu esposo? es necesario que se dé á luz. (*Viendo salir á los antes indicados.*) (*Aparte.*) (Quiera Dios que no se me suba la mosca á la nariz y arme una de pópulo bárbaro. (*La colocacion debe ser la siguiente de derecha á izquierda: Gautier, Carlota, Juana, Juez, Santiago, Lucas. Detrás aldeanos y criados. Los alguaciles guardando las salidas del fondo.*)

CARLOT. (*Con aire de triunfo dirigiéndose al alcalde.*) Señor alcalde, puesto que he exhibido ante su señoría las pruebas necesarias, espero que hagais entender á cuantos nos escuchan que yo soy la legítima esposa de Mr. Gustavo Deperville. (*Murmullos de admiracion.*)

SANTIAGO (*Sin poderse contener.*) Miente, señor alcalde; miente esa mujer.

ALCALDE (*En tono de reprension.*) ¡Caballero!

SANTIAGO ¡Vive Dios! he dicho que miente y lo sostengo.

ALCALDE Respetad á la justicia.

SANTIAGO Yo atropello por todo cuando se trata de vulnerar mi honra. Mi sobrina, aquí presente, es legítima esposa del dueño de esta casa Mr. Deperville.

ALCALDE Siendo así él es bígamo porque esta dama (*indicando á Carlota*) está casada en toda regla. (*Movimiento general de asombro.*)

SANTIAGO Pero entonces... ese miserable... ¿Dónde está, por qué no se presenta? (*Lucas pasando por detrás de los actores se dirige á la puerta de la derecha por la cual entra.*) Habla tú, habla mi querida Juana.

JUANA. (¡Préstame valor, vírgen mia!

ALCALDE (*Juana.*) ¿Es cierto lo que asegura este caballero? Sois...

JUANA. (*Haciendo sobre sí un heróico esfuerzo.*) Soy... su amante. (*Cae desmayada en brazos del alcalde. Carlota sonrie con aire triunfante. Santiago fuera de sí exclama:*)

SANTIAGO ¡Oh! yo sabré partir el corazon del infame seductor.

LUCAS. (*Presentándose por la puerta de la derecha.*) ¡Ah! ¡qué gran desgracia!

ALCALDE ¿Qué sucede?

LUCAS. El noble señor Gustavo Deperville, ha perdido la razon. (*Santiago se dejá caer anonadado sobre una silla. Los alguaciles se dirigen á una seña del alcalde al cuarto de donde ha salido Lucas mientras algunos criados acuden en socorro de Juana. El alcalde habla por lo bajo con sus subordinados como dictándoles órdenes. Los aldeanos están consternados. Carlota en cuyo rostro resplandece infernal alegria, dice por lo bajo á Gautier:*)

CARLOT. (¡Loco! Es mayor fortuna de la que podia apetecer: trunfo completo.)

GAUTIER (*Bajo á Carlota.*) (Hay que convenir en que el diablo no ha dejado aún de protejernos.)

ACTO CUARTO.

En la Vicaría.

Sala baja, puerta en el fondo y á izquierda una ventana que figura tener vistas á un patio. Puertas laterales en el primer término respectivo. Ventana á la derecha en segundo término y puerta en el tercero.

A la derecha de la puerta del fondo un armario-librería con tres estantes cargados de volúmenes.

En el proscenio, á la derecha, mesa, encima de la cual hay varios libros encuadernados en pergamino, tintero, plumas de ave, papeles escritos y 2 candeleros con bugía encendida. Sillon de baqueta y sillas de nogal.

Colocados convenientemente en la pared cuadros al óleo representando algun asunto místico.

ESCENA I.

Junto á la puerta del fondo SANTIAGO Y ALBERTO. PIETTRO *mas hácia el proscenio y cerca de él dos maletas.*

ALBERT. (*Como despidiéndose de alguien.*) Se hará todo como deseais; adios, señor cura. (*Dirigiéndose á Santiago.*) Teneis que resignaros á pasar aquí la noche, puesto que así lo desea el reverendo y virtuoso padre Justo.

SANTIAGO No deja de ser raro el capricho del buen señor.

ALBERT. La casualidad ha querido que á vuestra llegada, él se viera obligado á ausentarse, acompañado del sacristan, que es á la vez su asistente, para escuchar la confesion de un moribundo que habita en las afueras.

SANTIAGO Sí, eso nos ha dicho, y me he enterado perfectamente de ello; pero, prosigo á oscuras respecto á lo demás. Recibí una carta vuestra en la que me deciais me pusiera inmediatamente en camino hácia esta poblacion, si deseaba adquirir noticias de mi sobrina. Me pongo en movimiento, viajo con la mayor celeridad po-

sible; llego, y al apearme del carruaje os presentais; nos estrechamos las manos; me decís que es necesario que venga á hospedarme á esta casa...

ALBERT. Y ya estamos en ella. El señor cura ha hecho disponer vuestra cama en aquel aposento (*señalando el de la izquierda*) y en ese (*por el de la derecha*) el de vuestro criado; no hay mas que resignarse.

SANTIAGO No me hace mucha gracia la gente que gasta sotana, pero, puesto que vuestro padre Justo, segun afirmais, es un *justo* varon, no seria *justo* desairarle y me resigno.

ALBERT. Tomad asiento y os pondré al corriente de lo que hace al caso.

SANTIAGO Piettro, coloca las maletas en el aposento que se me ha destinado y aguarda á que te llame.

PIETTRO Está bien. (Lástima no tener un par de perdices bien doraditas para entretener el apetito y el tiempo. (*Vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA II.

ALBERTO Y SANTIAGO.

(*Se sienta uno cerca del otro.*)

ALBERT. A fin de no fatigaros con mi relato, procuraré ser lo más breve posible.

SANTIAGO Tengo buenas entendederas y me basta media palabra para comprender lo que se me quiere decir.

ALBERT. Empiezo por manifestaros, que cuando por vez primera nos vimos en la posada de Catalina, ignoraba que mi amigo Gustavo...

SANTIAGO Decidlo de una vez: que vuestro amigo Gustavo hubiese engañado villanamente á una inocente jóven, cuya deshonra y perdicion ha causado. ¡Infeliz! ¿Qué habrá sido de ella? En cuanto á él...

ALBERT. Gustavo vive, si es vivir el estado de atonía en que se halla sumido. Solo de tarde en tarde y por un instante, una ráfaga de luz alumbra su entendimiento. ¡Ah! teneis noble corazon y es bien seguro que os inspiraria lástima verle. Carlota le tiene en cautividad estrecha y rigurosa; no es dueño de moverse sin que ella lo permita. Yo, gracias á la autoridad de que hasta hace algunos dias me hallaba revestido pude en dos ocasiones llegar hasta él.

SANTIAGO ¡Desgraciado! Carlota demostró gran prisa en alejarse de España y á pesar del peligro que corria su esposo, mandó que inmediatamente le trasladaran á Bretaña.

ALBERT. Para encerrarle en el castillo de Saint-Denis, donde gime cautivo. Vamos á lo que importa.

SANTIAGO Eso, al grano, al grano.

ALBERT. Enteraos del contenido de esta carta. (*Entregando á Santiago un billete.*)

SANTIAGO (*Leyendo.*) «Piadoso y reverendo amigo mio...» ¿vá dirigida?...

ALBERT. Al padre Justo: proseguid.

SANTIAGO «Los recelos de que te daba cuenta en mi anterior se han trocado en certidumbre. La esposa de mi sobrino, es una mala mujer; he adquirido por mis propios ojos la evidencia de ello, pues la he visto, sin que ella pudiera sospecharlo, en brazos de un amante. ¡Ah! ¡qué bien ha sabido engañarme! ¡Cuan injusto he sido para con mi sobrino, al cual suponia un libertino desenfrenado, gracias á las astucias infernales de Carlota! Le he cobrado miedo, me inspira terror. Tuve la debilidad hace algunos dias de otorgar un testamento y entregárselo; hoy, arrepentido de ello, anulo aquel con otro que te remito bajo sobre que abrirás cuando se haya cumplido el año de mi muerte. Me valgo de tí, por la gran confianza que me inspiras y porque sé el afecto que profesas á Gustavo. Temo á Carlota, te lo repito; camino hácia la tumba á pasos agigantados y deseo morir en paz. Si ella se enterase de que está anulado el testamento mio que posee, sabe Dios lo que en mi contra haria y deseo evitarla un crímen.

Guarda el precioso documento que te remito en paraje seguro y no retardes en contestar á este tu buen amigo que solicita tu bendicion espíritual.

Vandik.»

(*Devolviendo la carta.*) ¿Y bien?

ALBERT. El padre Justo conoce el cariño grande que me ha unido desde la infancia á Gustavo, y al objeto de que si el Señor disponia llamarle á sí antes de cumplirse el plazo impuesto por Vandik, el buen sacerdote me enteró de este asunto, indicándome de paso el sitio en que guarda el testamento.

SANTIAGO ¿Pero á mí que me importa de todo eso?

ALBERT. Os lo he referido para que formarais idea exacta de la clase de mujer, causa de la desdicha de vuestra sobrina.

SANTIAGO Sin necesidad de tal relato estaba yo convencido de la perfidia que se encierra en el corazon de la tal Carlota; tengo para mí que nada tiene que envidiar á Lucrecia Borgia, Margarita de Borgoña y Catalina de Médicis.

ALBERT. Acaso la mujer de quien tratamos sea peor de lo que aquellas fueron.

SANTIAGO Angelito. ¡Qué lástima de jaula de hierro para tenerla dentro de ella resguardada de lluvias, soles y vientos! Y en cuanto al abejorro de quien la ví acompañada las dos veces que se cruzó en mi camino...

ALBERT. Gautier, su mayordomo; el hombre de su confianza.

SANTIAGO El tiene aspecto de ser un solemnísimo pícaro, y apostaria las orejas de mi fiel criado á que con menos motivo hay algunos que arrastran infamante grillete.

ALBERT. Soy de la misma opinion.

SANTIAGO Os suplico que no hablemos más de semejantes alimañas; siento náuseas al nombrarlas. De mi sobrina, de mi querida Juana, es de quien anhelo adquirir noticias. Al siguiente dia de aquel en que Gustavo perdió el juicio, ella desapareció de la quinta y vanas han sido hasta la fecha cuantas pesquisas he practicado para dar con sus huellas.

ALBERT. Esta vez sereis más feliz; yo os lo aseguro.

SANTIAGO ¿Sabeis dónde se halla?

ALBERT. Sí.

SANTIAGO ¡Loado sea Dios! Venga esa mano; sois un guapo mozo y cada dia me alegro más de que mi toledana no trabara conocimiento con vuestro cuerpo.

ALBERT. Y de ello me doy la enhorabuena.

SANTIAGO Conque, decidme en qué rincon del mundo se oculta Juana, para emprender la marcha al momento.

ALBERT. Vuestra sobrina está en Bretaña, recogida en el hospicio del Niño Jesús.

SANTIAGO ¡La hija de mi hermana en un hospicio! ¡Ella, viviendo de la limosna, poseyendo yo una gran fortuna! ¡Voto al chápiro!... Permitidme que dé un paseo para desentumecer la piernas, ya que no me sea posible en este momento descargar mi brazo sobre la cabeza del causante de la desdicha de mi hermosa Juana. (*Se pone de pié. Alberto hace otro tanto.*)

ALBERT. No penseis más que en la satisfaccion que habrá de produciros la presencia de aquella á quien profesais afecto paternal.

SANTIAGO Sí, bien decís. ¿Dónde está situado el... hospicio? Se me atraganta la frase, no lo puedo remediar.

ALBERT. A muy corta distancia de esta localidad.

SANTIAGO ¡Diablo, y os estabais callado! Vamos, amigo mio, vamos; hacedme el obsequio de guiarme.

ALBERT. Seria inútil; no lograriamos penetrar en el caritativo asilo; al anochecer se cierran sus puertas.

SANTIAGO Descuidad, sino quieren abrirlas, las derribaré, que mayores pruebas tienen dadas mis puños de su esfuerzo.

ALBERT. No lo dudo; pero todo seria inútil. En cuanto ama-

nezca, el señor cura, que ya estará de vuelta, os despertará. Él ha de guiaros. El padre Justo ha cuidado solícitamente de vuestra sobrina; él solo, con su evangélica palabra, pudo convencerla á que tomara los medicamentos, á los cuales debe su restablecimiento.

SANTIAGO ¿Tan enferma ha estado?

ALBERT. Mucho, pero os lo repito, en la actualidad se halla fuera de peligro.

SANTIAGO ¡Ah! qué abrazo tan estrecho he de darle al padre cura, cuando le vea.

ALBERT. (*Sonriendo.*) Cuidad de no apretar demasiado, no sea cosa de que ahogueis al buen anciano.

SANTIAGO Tratándose de un amigo, no hay cuidado.

ALBERT. Tengo mucho que escribir, y con vuestro permiso, me retiro.

SANTIAGO ¿Nos veremos mañana?

ALBERT. No faltaba más, quiero gozarme en vuestra dicha.

SANTIAGO Pues hasta la vista. ¡Ah! ¿cómo diablos entrará aquí el bueno del cura á su regreso?

ALBERT. Pasará la noche junto al moribundo ó difunto. Al llegar, tirará del cordon que hay en la parte de afuera y la campana cuidará de despertaros. Recordad que así lo ha dicho.

SANTIAGO Cierto; bien dicen que con las glorias se olvidan las memorias.

ALBERT. Vaya, buenas noches, y hasta mañana.

SANTIAGO Hasta mañana. (*Se aprietan afectuosamente las manos y Alberto se retira por el fondo.*)

ESCENA III.

SANTIAGO *y á poco* PIETTRO.

SANTIAGO ¡Descansar! buena falta me hace; tengo molido el cuerpo con el traqueteo del camino. ¡Piettro!

PIETTRO. (*Sale por la puerta izquierda.*) ¿Qué mandais?

SANTIAGO Parece que el buen cura no ha tenido presente que nosotros poseemos estómago.

PIETTRO. Y el mio se está quejando amargamente por la falta de lastre.

SANTIAGO La posada en que nos hemos apeado no queda léjos. ¿Sabrás dar con ella?

PIETTRO. El olfato me guiará.

SANTIAGO Pues anda y carga con lo mejor que encierre en su despensa.

PIETTRO. *Bonus, bona, bonum.* En dos brincos voy y vuelvo. (*Se vá por el fondo.*)

ESCENA IV.

SANTIAGO.

Pobre Juana de mi alma, cuanto debe haber sufrido. ¿Pero cómo vino á parar tan léjos? ¿Qué rara coincidencia la condujo al país en que se levanta el castillo de Gustavo? ¿Será casualidad? Yo creo poco en las casualidades. Mañana sabré á qué atenerme. Afortunadamente estoy molido, y en cuanto me tienda á la larga espero conciliar el sueño, de lo contrario, se me haria interminable la noche. Qué fresquillo tan agradable entra por esa ventana. ¡Hola! las embravecidas olas del mar bañan los muros de esta casa, cuyos cimientos por lo visto se afirman sobre enormes peñascos. A no ser tanta la elevacion que media desde este sitio, el bueno del padre cura podria entretener sus ócios dedicándose á la pesca.

ESCENA V.

SANTIAGO Y PIETTRO.

PIETTRO. (*Sale por el fondo cargado con una cesta que contiene provisiones.*) Aquí me teneis.

SANTIAGO (*Separándose de la ventana.*) Poco has tardado.

PIETTRO. A muy corta distancia de esta casa hay una taberna, en la cual me he surtido medianamente.

SANTIAGO ¿En qué consisten las provisiones?

PIETTRO. Un salmonete frito de regular tamaño, un trozo de javalí, medio pollo asado, jamon, queso, pan y dos botellas del añejo, más moro que Mahoma.

SANTIAGO Lo cual justifica que lo has probado.

PIETTRO. Sí, porque yo no fío en palabra de un tratante en vinos. ¡Ah! tambien traigo dos platos y un vaso.

SANTIAGO Y no te has traido el ajuar de la taberna por no saber donde meterlo.

PIETTRO. Os puedo asegurar que he dejado limpia la despensa, los parroquianos del Ficon, por esta noche habrán de conformarse con las migajas que allí quedan, á menos que pasen á las cacerolas los dos enormes gatos que he visto corretear por la trastienda.

SANTIAGO De dia en dia vas recuperando el buen humor. Bien haya la larga enfermedad que de tal modo te ha cambiado. Antes estabas insoportable.

PIETTRO. Los aires de España me probaron muy bien; bendita tierra. ¿Cuándo regresaremos á ella?

SANTIAGO Tan luego como me sea posible.

PIETTRO. Así sea.

SANTIAGO ¿Hay mesa en mi habitacion?

PIETTRO. Sí, señor, y lavamanos con su correspondiente toalla, mas blanca que el ampo de la nieve.

SANTIAGO Pues enciende una bujía y llévala á mi cuarto.

PIETTRO. ¿Cenareis allí?

SANTIAGO Sí. Déjame sobre la mesa algo que mascar; pan y una botella de vino.

PIETTRO. (*Enciende una bujía y toma el cesto.*) No os estorbarán el tenedor ni la servilleta.

SANTIAGO ¡Bah! lo principal es que no falte algo conque entretener las mandíbulas.

PIETTRO. *Veritas est.* (*Entra por la puerta izquierda.*)

SANTIAGO Cuando habla en latin es señal evidente de que ha empinado el codo mas de lo justo. Se ha aficionado mucho al vino; de todos modos le prefiero bullicioso á lloron.

PIETTRO. (*Sale puerta izquierda con el cesto.*) Todo queda arreglado.

SANTIAGO Echa la llave á esa puerta (*señala la del fondo*) y recójete en aquella habitacion. Cuida de no darle muchos besos á la botella, que el señor cura regresará á las primeras horas de la mañana y no es cosa de que no oigas la campana y le tengamos esperando á la parte de afuera mas de lo regular.

PIETTRO. No hay cuidado, ya sabeis que soy madrugador.

SANTIAGO Buenas noches.

PIETTRO. Santas y buenas las tenga su señoría. (*Santiago se retira por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

PIETTRO, *solo.*

(*Cerrando con llave la puerta del fondo y guardándosela en el bolsillo.*) Ajá; ahora tomo un *piscolabis*, y despues á la camita, que si la mia es la del sacristan no será del todo maleja, que la gente de sacristía gusta de no maltratar su cuerpo. (*Se ha sentado en el sillon de baqueta, colocando en el suelo el cesto del que va sacando viandas y la botella como lo marca el monólogo.*) Empecemos por un traguito de mosto para suavizar el tragadero. (*Bebe.*) No es tan rico como el de España, pero se deja beber. (*Come.*) Pues señor, este es un pollo rayano en gallo, segun lo duro que está el tunante. No puedo con él y eso que á buena dentadura pocos me ganan. ¿Me estaré comiendo el cadáver de algun cuervo? Todo pudiera ser; emprendámosla con el ja-

valí, pero antes echaré un traguito para quitar el mal sabor que me ha dejado el ave en la boca. (*Bebe.*) No hay que darle vueltas; el vino es el gran quita pesares que hay en el mundo. Ahora ya todo lo veo de color de rosa. (*Bebe.*) Veamos si esto está mas manducable. (*Come.*) Sí, tierno, sabrosísimo... Y es el caso... que desde que me he aficionado al mosto, como le llaman en España... creo... me parece... que voy volviéndome... valenton. El de la cama. (*Bebe.*) Que calorcillo en... pues... en la cabeza... no en el... aquí... (*Dándose un golpe en el estómago. Deja la botella dentro del cesto, que levanta no sin alguna dificultad.*) Me lo llevaré... por si acaso al levantarme... tuviera hambre ó sed. (*Se pone de pié y le vacilan las piernas.*) ¡Eh! firmes. (*Toma el candelabro.*) Por fortuna es corto el trecho que he de andar. Ahora... me siento con valor... para todo... Si resucitara... mi mujer... y se me pusiera... delan... te... ¡am!... de un boca... do... la dejaba sin narices. (*Balanceándose.*) Una, dos, tres. (*Entra corriendo por la puerta primera derecha.*)

(*La escena queda sola durante algunos instantes. De pronto se deja oir sordo rumor como el que produce un instrumento cortante al horadar la madera, y luego se abre lentamente la ventana del foro, dejándose ver arrodillado en el alfeizar un hombre que se deduce ha bajado por una cuerda, cuyo extremo sostiene aquel con una mano empuñando con la otra un afilado puñal. Alarga la cabeza hácia la sala y parece escuchar.*)

ESCENA ÚLTIMA.

GAUTIER.

(*Desde la ventana.*) Soledad completa. Ya sabia yo que cuando el cura va fuera de poblado le acompaña el sacristan y queda enteramente solo este domicilio. Entremos. (*Salta sin producir rumor. Una vez dentro de la habitacion, saca una pequeña linterna sorda y con ella en la mano avanza hasta la mesa, sobre la cual coloca la luz.*) En esta casa está el famoso testamento que nos arrebataria los millones que ya podemos contar por nuestros. Todo ha salido á medida de mis deseos; el anciano cura ha caido en el lazo por mí tendido; á él y su acompañante los he visto entre las manos de mi gente y hasta que amanezca permanecerán encerrados. Tengo, pues, muchas horas delante de mí, y no hay por qué precipitarse. (*Se sienta en el sillon.*) Anticipadamente gozo con mi triunfo. Josefina, no creia en la

existencia de tal documento y se ha burlado durante muchos meses de mí, aconsejándome que dejara de registrar el fárrago de papelotes pertenecientes al difunto Vandik, y entre los cuales al fin logré encontrar la bendita carta firmada por el padre Justo; gracias á ella, supe á qué atenerme, medité un plan que he llevado á cabo con la mayor felicidad y héme aquí, dueño del campo. Grande será la sorpresa de mi querida hermana cuando sepa todo lo que he hecho referente á este asunto. ¿Qué seria de ella sin mí? Todo me lo debe, todo, y no será mucho que le reclame la mitad de la fortuna que la he labrado. (*Saca una cartera que coloca encima de la mesa.*) Leamos el párrafo en que se describe el sitio en que está oculto el papel en cuya busca vengo. (*De entre varios papeles saca una carta, fija la vista en ella y tras una lijera pausa, dice:*) Este es el párrafo. (*Lee.*) «...En el estante superior de mi libreria, hácia la derecha, en el rincon, hay un pequeño resorte que es necesario oprimir para que deje al descubierto un cajoncito, en el cual está oculto el sagrado depósito que me has confiado.» Allí está. *(En esto se oye toser en el cuarto de la derecha. Gautier se pone de pié, dejando la cartera sobre la mesa.)* ¡Eh! ¿qué es eso? Allí hay álguien; veamos. (*Toma la linterna y se dirige hácia la primera puerta de la izquierda y una vez en ella procura abrirla con mucho sigilo.*) ¡Luz! ¡Un hombre que duerme al parecer! ¿Qué miro?... No, no hay que dudarlo, ¡es él, él! ¡Pietro! No me engañaba al asegurar que le habia visto en España. ¿Qué hará aquí? ¿A qué habrá venido? ¡Ah! mientras ese imbécil viva, Josefina y yo corremos gran peligro. Es necesario acabar con él cuanto antes. (*Vá á la mesa y deja en ella la linterna, y despues saca el puñal.*) Esta vez aseguraré el golpe... ¡Oh! de fijo que no resucitará de nuevo. ¿Habrá mas gente en la casa? Bueno será enterarse por lo que pudiera ocurrir.

SANTIAGO (No logro conciliar el sueño.) (*Reparando en Gautier.*) (Hola.) (¿Tenemos visita? ¿Qué se le habrá perdido aquí á ese prójimo?) ¡Eh, camarada! (*Gautier se vuelve rápidamente y reconoce á Santiago.*)

GAUTIER. ¡El español!

SANTIAGO ¡El abejorro!

GAUTIER. (Es necesario huir por de pronto) (*Se dirige á la mesa, toma la cartera y se la guarda.*)

SANTIAGO ¿Qué se te ha perdido por acá, tunante?

GAUTIER. (No vale fingir: audacia; está desarmado.) Franqueadme el paso, ó juro á Dios...

SANTIAGO Ni él, ni el diablo, habrán de valerte para librarte de

mis manos, gran bellaco. Quiero saber con qué objeto has penetrado sigilosamente en esta casa, puñal en mano.

GAUTIER. ¿Lucha quereis? tanto peor paro vos. (*Avanza resueltamente.*)

SANTIAGO O para tí. Suelta ese juguete.

GAUTIER. No será sin que antes os lo clave en el corazon...

SANTIAGO Vámos á verlo. (*Se lanza rápidamente sobre Gautier, cuyo brazo armado sujeta con fuerza.*)

GAUTIER. (*Dando un grito arrancado par el dolor y dejando caer el puñal.*) ¡Oh! rayos y truenos.

SANTIAGO Ahora cuerpo á cuerpo. Vas á salir por donde has entrado. Ea, feliz viaje y buenas noches. (*Se abrazan y empieza la lucha. Santiago levanta en alto á su enemigo y lo arroja por la ventana de la izquierda. Durante la breve lucha, á Gautier se le ha caido la cartera, sin que Santiago lo advierta, pero el público debe apercibirse de ello.*)

ACTO QUINTO.

La acusacion.

Locutorio del hospicio del Niño Jesús. Gran puerta en el fondo. A la derecha, en primero y tercer término, puerta: la última cubierta con un gran cortinon de sarga oscura. A la izquierda, puerta en tercer término y otra en primero. Mesa con tapete oscuro y sillon de baqueta, hácia la izquierda del proscenio

ESCENA I.

SANTIAGO Y JUANA.

SANTIAGO *(Sosteniendo entre las suyas las manos de Juaná.)* Ya que nos ha dejado á solas la madre superiora, quisiera, mi querida Juana, me explicaras cómo viniste á parar desde tan léjos á este caritativo albergue.

JUANA. Todo vais á saberlo.

SANTIAGO Empieza tu historia.

JUANA. Es tan sencilla como triste. Al huir de la quinta, dirigí mis pasos hácia la casa de unos colonos que me estaban muy reconocidos y con cuya reserva podia contar. Les pedí auxilio y les hice jurar que á nadie, ni aun á vos, revelarian mi paradero.

SANTIAGO Ni que fuera yo un Neron.

JUANA. Estabais harto enojado conmigo para que no tratara yo de evitar vuestra vista.

SANTIAGO Prosigue.

JUANA. Andrés y Micaela, que así se llaman los colonos, juraron por lo mas sagrado guardar profundo secreto.

SANTIAGO Que han cumplido fielmente.

JUANA. Andrés me tenia al corriente de cuanto ocurria en la quinta, y por tal conducto, supe que se habian lleva-

do á Gustavo. Algun tiempo despues, adquirí la noticia de que lo habian conducido á su castillo de Saint-Denís, en la Bretaña. Desde entonces quedó formada mi resolucion, y transcurridas que fueron algunas semanas, auxiliada por Andrés, penetraba vuestra sobrina por las santas puertas de esta casa, en demanda de un refugio, que al instante la fué concedido.

SANTIAGO ¡En demanda de limosna, teniendo yo fortuna bastante para mandar construir un palacio!

JUANA. Queria estar cerca de él, verle de léjos, si me era posible.

SANTIAGO ¡Voto al chápiro! por lo visto, aun le amas.

JUANA. *(Llevándose una mano al corazon.)* ¡Que si le amo! Más que nunca.

SANTIAGO Despues de haberle hecho víctima de su villanía.

JUANA. No fué tan culpable como suponeis. El, se imaginaba libre, cuando por complacer á mi moribunda madre, me hizo su esposa.

SANTIAGO ¡Su esposa! Pues no dijiste...

JUANA. Entonces lo negué por salvarle, pero la ley no castiga á los que han perdido la razon; Gustavo, el infeliz, está loco y no tengo por qué callar. Aquí teneis el acta de mi matrimonio. La trage conmigo y en cuanto me han anunciado vuestra presencia en esta casa, la he sacado del sitio en que la guardaba para enseñárosla; leed. *(Entregándole un documento que Santiago rechaza. Juana lo coloca encima de la mesa.)*

SANTIAGO (*Dando muestras de gran contento.*) Me basta tu palabra. ¡Ay! qué gran peso acabas de quitarme de encima del corazon... Perdóname, hija mia, perdóname, fuí un insensato, un imbécil. Vamos, merezco...

JUANA. Estrecharme entre vuestros brazos. (*Arrojándose en brazos de Santiago.*)

SANTIAGO. Si, junto á mi corazon; este el sitio que te corresponde ocupar. De hoy en mas, siempre á mi lado y guay de aquel ó aquellos que intenten causarte el menor pesar.

ESCENA II.

DICHOS Y RELIGIOSA.

RELIGIO. (*Sale por el fondo izquierda.*) ¿Caballero?

SANTIAGO ¿Qué se ofrece, hermana?

RELIGIO. El señor juez desea interrogaros.

SANTIAGO } ¡El juez!
JUANA. }

RELIGIO. A las primeras horas de la mañana, varios pescadores

han traido á un hombre, que medio ahogado, y con una terrible herida en la frente han sacado del mar, no muy léjos de este benéfico asilo.

SANTIAGO (Mi abejorro seguramente.)

RELIGIO. En cuanto el señor juez ha tenido noticia de lo ocurrido se ha encaminado á esta casa para interrogar al paciente.

SANTIAGO Ya comprendo lo que luego ha pasado. El señor juez habrá sabido que me encontraba aquí y no extraño que desee hacerme algunas preguntas.

JUANA. ¿Habeis tenido algun lance?

SANTIAGO No te alarmes, hija, se trata de una cuestion de pugilato. No tardaré en volver. (*Dirigiéndose hácia el fondo.*)

RELIGIO. (*Indicando la tercera puerta de la izquierda.*) Por ahí llegareis mas pronto; la puerta que dá frente al pasadizo.

SANTIAGO Gracias. (*Aparte.*) (Por lo visto, mi abejorro tiene siete vidas como los gatos. (*Vase por la puerta indicada.*)

ESCENA III.

JUANA Y LA RELIGIOSA.

RELIGIO. Estais muy pálida, hermana.

JUANA. La grata emocion que me ha producido ver á mi tio querido, ha excitado algun tanto mis nervios.

RELIGIO. Acaso seria conveniente que os retirarais á descansar.

JUANA. No hay motivo para ello.

RELIGIO. Habeis estado gravemente enferma y aun os encontrais muy débil.

JUANA. Agradezco vuestra tierna solicitud, sor Asuncion, pero puedo aseguraros que me encuentro bien.

RELIGIO Dios sea loado.

JUANA. Bendito sea su santo nombre.

RELIGIO Tengo para mí que este clima os es muy perjudicial y creo firmemente respirais mejor bajo el purísimo cielo de vuestra hermosa pátria.

JUANA. ¿Conoceis la España?

RELIGIO Sí.

JUANA. ¿Acaso sois compatriota mia?

RELIGIO No; he nacido en Italia. (*Tristemente lo que sigue.*) Ya se han cumplido cuatro meses desde que abandoné por completo aquel país.

JUANA. ¿Para siempre?

RELIGIO (*Cambiando repentinamente de conversacion.*) Puesto que decís no necesitar de mis cuidados, me retiraré.

JUANA. Id en paz, hermana. (*Retírase la Religiosa por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

JUANA SOLA. A *poco* GUSTAVO.

JUANA. *(Sentándose junto á la mesa.)* ¡Ay de mí! Mi buen tio formará empeño en que le siga; comprendo que debería hacerlo, que negarme á complacerle sobre ser una ingratitud, es una insensatez; pero, no puedo, no tengo valor para alejarme de los sitios en que vive penando el hombre á quien amo. *(Inclina la cabeza y queda como ensimismada. Gustavo, pálido, demacrado, con el traje en desórden, aparece en el fondo derecha. Mira con ojos extraviados hácia uno y otro lado del foro.)*

GUSTAVO Nadie; nadie. *(Avanza un paso. Se lleva ambas manos á la frente; luego apoyándolas sobre el corazon lanza un suspiro.)* ¡Ay! Libre, estoy libre de mis verdugos. *(Pequeña pausa.)* Aquí, aquí está ella, el ángel de mis amores, la mártir de mi infortunio. Verla, verla por un solo instante, estrecharla junto á mi amoroso pecho, oir de sus adorados lábios una frase de amor y luego... luego, arrostraré impávido sentencias, infamia y muerte. *(Avanza otro paso y vé á Juana sin reconocerla.)* Es sin duda una albergada. Si le preguntara, acaso me guiaria hasta la mujer á quien adoro. Si... los desgraciados, por regla general, son compasivos. *(Despues de una corta vacilacion.)* Valor. *(A Juana.)* ¿Querriais tener la bondad de escucharme?

JUANA. *(Como impulsada por un resorte se pone de pié y sin volverse dice el primer verso.)* ¡Esa voz! *(Volviéndose hácia Gustavo.)* ¡Ah! mi Gustavo.

GUSTAVO ¡Mi idolatrada Juana! *(Se precipitan uno en brazos del otro.)* ¿Quién será bastante fuerte para arrancarte de entre mis amorosos brazos? ¡Ah! mi bella Juana, mi querida esposa. *(Juana hace un movimiento para que calle.)* Sí, mi esposa; hora es ya de que lo sepa el mundo entero.

JUANA. *(Con tembloroso acento y en actitud suplicante.)* En nombre de mi amor, te ruego que moderes los impulsos de tu corazon.

GUSTAVO Gran sacrificio me impones.

JUANA. Es que no quiero perderte.

GUSTAVO No; no lograrán separarnos los infames que durante largo tiempo me han retenido en estrecha cautividad.

JUANA. Decian...

GUSTAVO ¿Que estaba loco?

JUANA. Sí.

GUSTAVO Durante muchos dias fuí presa de tenaz delirio que se asemejaba á la locura. Ya me hallaba encerrado en el

castillo y en poder de la infame mujer, causa de todas mis desdichas, cuando volví en mi acuerdo, y esto en momentos en que Carlota y su criado y cómplice mantenian una conversacion que se referia al estado en que suponian se hallaba mi extraviada razon. Mi primer impulso fué abandonar el lecho y ahogar entre mis crispadas manos á aquellos miserables; pero, tu adorada imágen se apareció ante mi vista, creí verte en actitud suplicante rogándome que callara, y callé.

JUANA. El ángel de tu guarda velaba seguramente por tí.

GUSTAVO Es indudable, pues no tardé en convencerme de que tenian bien tomadas sus medidas; estaban rodeados de servidores que les eran en un todo adictos, en vista de lo cual, decidí fingir y esperar con paciencia el momento oportuno para recobrar mi libertad.

JUANA. ¡Cuánto habrás sufrido!

GUSTAVO Sobre todo desde el instante en que, estando asomado tras las rejas de la ventana, desde la cual se divisa la huerta de este asilo, acertaron á fijarse en tí mis errantes miradas.

JUANA. ¡Ah! ¡me veias!

GUSTAVO Y no me era dado romper los hierros que de tí me separaban; cuán flaca, cuán impotente es en muchas ocasiones la voluntad humana! Mi amigo Alberto llegó hasta mí en dos ocasiones distintas, pero sabia yo que se nos vigilaba muy de cerca con la vista fija en ambos y no le pudé descubrir la verdad; le hubieran asesinado.

JUANA. ¡Qué horror!

GUSTAVO Lleno de resignacion esperaba á que se me presentara una oportunidad para fugarme. Esta mañana, por vez primera, se me ha ofrecido la ocasion, y la he aprovechado. En lugar de Gautier, apareció en mi encierro un anciano de aspecto repugnante, cargado con el mísero alimento á que me tenian sujeto. Momentos antes se habia desprendido de mi mano una sortija. El carcelero, cediendo á un impulso de codicia, inclinóse para recojerla; rápido como el rayo caí sobre él, golpeando fuertemente su cabeza con uno de los platos que estaban á mi alcance. Quedó desmayado, despojéle del puñal que llevaba y decidido á todo salí de mi encierro. Ya comprenderás que conozco perfectamente el castillo. Tomando las precauciones que juzgué necesarias, pude llegar sin tropiezo hasta una de las cuevas, en la que existe la entrada de una galería subterránea que desemboca cerca de este asilo, en el que he penetrado sin mas objeto que el de verte y abrazarte, aun cuando la muerte me sorprendiera entre tus brazos.

JUANA. ¡Morir! No, no. Mi tio está aquí, me ama con delirio; él nos protejerá y sin que nadie pueda sospecharlo huiremos léjos, muy léjos de esta tierra, de Europa, en busca de un país donde nadie pueda interrumpir nuestra ventura.

GUSTAVO ¿Estás, pues, dispuesta á seguirme?

JUANA. Si, si.

(*Se deja oir dentro la voz de una mujer.*)

VOZ. No hay en ello inconveniente.

JUANA. Viene álguien; que no nos vean, sigueme á la capilla.

GUSTAVO Pero, tú...

JUANA. Si me amas, sígueme. (*Juana y Gustavo penetran en la capilla 3.ª puerta derecha.*)

(*Voz de mujer dentro.*)

VOZ. Se hará como lo deseais.

CARLOT. (*Carlota dejándose ver en el foro y dirigiéndose hácia el interior.*) Buscadle por todas partes, y tened cuidado, que debe estar furioso; atadle si es preciso para precaver mayores males. Aquí espero.

ESCENA V.

CARLOTA.

(*Avanzando hácia el proscenio.*) Está aquí, no hay que dudarlo, pues el leñador asegura haber visto desde el camino á un hombre descubierto y con el traje en desórden que penetraba en este asilo. (*Sentándose en el sillon que está junto á la mesa.*) El miserable Paolo tiene la culpa de lo que pasa. ¡No haber aparecido desde anoche! Alguna aventurera le habrá entretenido. (*Fijándose en el pliego que hay encima de la mesa y tomándolo.*) ¿Qué es esto? (*Depues de haber leido mentalmente lanza una exclamacion de alegría.*) ¡Ah! ¡La fé de casamiento! Realmente está casado con Juana Ponce de Monteleon! Y ella, dijo... Vamos, quiso sacrificarse en aras del amor. Nécia. ¿Estará aquí? Bien podria ser. ¡Oh! este es un precioso documento. La ley castiga severamente al bígamo. Gustavo, al ser sentenciado, perderia todo derecho á su fortuna. Ahora nada tengo que temer. ¿Pero no viene nadie? (*Se levanta y guarda la fé de casamiento.*) ¿A dónde conducen estas puertas? (*Se dirije á la primera de la derecha.*) Una celda. (*Va á la segunda; mira por entre el cortinon.*) La capilla. ¡Un hombre y una mujer! Son ellos... Ella se dirige hácia aquí. Veamos de averiguar lo que intenta. (*Entra precipitadamente por la puerta primera de la derecha.*)

JUANA. (*Asoma la cabeza por entre las cortinas, mira á uno y otro lado.*) Nadie; sal.

ESCENA VI.

JUANA Y GUSTAVO; *luego* CARLOTA.

JUANA. Aguardarás oculto en mi celda; cuando cierre la noche, de una ú otra manera podrás salir.

GUSTAVO Contigo.

JUANA. Lo mas urgente será buscarte un refugio donde estés á salvo de la persecucion de nuestro ángel malo.

GUSTAVO Maldad sí le sobra.

JUANA. Será pérfida, pero no puede negarse que es muy hermosa. Estamos perdiendo un tiempo precioso y la angustia me mata.

GUSTAVO Vamos, pues, que no quiero verte apenada. (*Le dá la mano. En el momento que se disponen á salir por la primera puerta de la izquierda aparece Carlota en el dintel de la primera derecha.*)

CARLOT. ¿No querrán admitirme en su compañía los dos fieles amantes?

JUANA. ¡Ah!

GUSTAVO ¿Vos aquí?

CARLOT. ¿Qué tiene de extraño? ¿no soy acaso vuestro ángel malo?

GUSTAVO Sí, una furia del averno eres.

CARLOT. ¿Con que habeis recobrado la razon? Os doy mi mas completa enhorabuena.

GUSTAVO Desprecio me inspiras. Eres tan malvada como vulgar.

CARLOT. (*Con ira.*) ¡Oh! recordad que no impunemente se me infieren insultos; recordad...

GUSTAVO (*Exaltándose por grados.*) Sí, sí: ya tengo bien presentes tus infamias. ¿Qué te has propuesto? ¿Qué deseas adquirir?

CARLOT. Apetezco vengarme del asesino de Roberto.

GUSTAVO ¡Miserable! ¿Te atreves á recordarme á tu amante, al traidor amigo que premió mis favores con agravios? ¿Llega tu cinismo hasta el extremo inconcebible de lanzarme al rostro mi deshonra? (*La coge por un brazo con violencia.*) Mira, (*indicándole á Juana,*) á ese ángel. A consecuencia de tus perfidias viene desde hace muchos meses sufriendo cruel martirio. Delante de su frente inmaculada debe inclinarse la tuya manchada con el infamante estigma del adulterio. Ante la virtud debe posternarse el crímen. De rodillas, miserable, de rodillas. (*La obliga á posternarse.*)

JUANA. ¡Ah! Gustavo, por piedad.

CARLOT. (*Con reconcentrada ira.*) En tí y en ella he de vengarme.

GUSTAV. (*Fuera de sí y en actitud de estrangular á Carlota.*) ¡En ella! Tu muerte antes.

JUANA. ¡Ah! (*Con mortal angustia.*)

CARLOT. ¡Socorro!

ESCENA VII.

DICHOS, *el* JUEZ *y* RELIGIOSA; *esta por la primera puerta izquierda.*

JUEZ. (*Por la tercera puerta de la izquierda.*) ¿Qué sucede aquí? (*A Carlota á quien Gustavo suelta á la salida del Juez.*) ¿Pedíais auxilio?

CARLOT. (*Poniéndose en pié y mirando fijamente á Gustavo.*) Sí; he corrido peligro de muerte.

JUEZ. (*Que se ha colocado entre Carlota y Gustavo.*) ¿Y era este hombre quien intentaba asesinaros?

JUANA. ¡Dios mio!

GUSTAV. Sí; yo mismo, y á no ser por esta jóven, no existiria ya esa mujer despreciable.

JUEZ. (*Volviéndose hácia la puerta por donde ha salido.* Hola, aquí mi gente. (*Aparecen varios agentes de la autoridad.*)

JUANA. (Está perdido.)

CARLOT. Tened en cuenta que es mi esposo y desde hace tiempo su razon se halla extraviada. Bastará con que le mandeis conducir á mi castillo.

GUSTAV. ¡Ah! eso deseais para vengaros á placer, martirizándome de continuo; pero no habeis de lograrlo. Señor Juez, me llamo Gustavo Deperville, y bajo mi fé de caballero y en el santo nombre de Dios, afirmo que conservo sano mi juicio; estoy dispuesto á dar de ello cuantas pruebas se me exigieren.

JUEZ. Nada tengo que oponer.

CARLOT. (*Con acento irónico.*) Creo, señor Juez, que la ley castiga al bígamo.

JUEZ. Severisimamente.

JUANA. (Yo me siento morir.)

CARLOT. Pues bien; yo Carlota Saint-Albert de Deperville, acuso á mi esposo, entregando al magistrado este documento que atestigua el crímen por él cometido.

JUANA. ¡Oh! (*Dejándose caer sobre el sillon. El juez, despues de enterarse del pliego, con acento grave, dice dirigiéndose á Gustavo.*)

JUEZ. No se hará esperar mucho tiempo el castigo.

GUSTAV. Lo sufriré con resignacion.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, *á poco* PIETTRO *y luego* SANTIAGO.

RELIGIO. ¿Mr. Gustavo Deperville, casó con vos la reclamante bajo el nombre de Carlota de Saint-Albert?

GUSTAVO Sí.

RELIGIO. Pues entonces, tal casamiento es nulo, porque esa mujer se llama Josefina Ferrari.

CARLOT. (*Procurando dominar su emocion.*) ¡Impostura!

RELIGIO. La conocí en Nápoles y aún asistí á su casamiento con Pietro Rosseti.

PIETTRO (*Por la tercera puerta de la izquierda.*) *Ego sum.*

CARLOT. ¡Ah!

PIETTRO No importa que me mireis con esos ojos tan relucientes. Ya no os tengo miedo. Al llegar á este hospicio para entregar á mi señor cierto encarguito de parte del padre Justo, he tenido ocasion de ver tendido en la cama á vuestro hermano, á mi señor cuñado, que me regaló en otro tiempo y sin duda por órden vuestra tres puñaladas.

CARLOT. Señor juez, ¿permitireis que por más tiempo se esté calumniando á una dama de mi buen nombre? Todo ello es una farsa ridícula urdida por el tio de Juana y amo de este hombre, á quien no conozco.

PIETTRO Vaya si me conoce. (*El juez le mira severamente.*) Punto en boca.

JUEZ. Para lanzar acusaciones tan terribles se hace necesario aducir testimonios irrecusables.

CARLOT. (*Con aire de triunfo.*) Sí, presentadlos; aducid pruebas. (*Pequeña pausa.*) ¿Enmudeceis?... ¿os hallais confundidos? pues temblad, temblad, que tambien la ley castiga severamente á los calumniadores. ¿Dónde existe un testimonio que pruebe mi culpa?

SANTIAGO (*Desde la tercera puerta de la izquierda con un papel en la mano.*) Aquí, señor juez, dentro de esta cartera que acaba de enviarme el señor cura y que sin duda dejó caer el ladron á quien obligué á tomar un baño; entre otros, he hallado este papel, que os entrego. (*A Carlota.*) Está firmado por Josefina y Paolo Ferrari y en él consta la muerte violenta dada á Carlota de Saint-Albert.

JUEZ. (*Despues de leer para sí hace una seña á sus subordinados, indicándoles á Carlota.*) Encerradla en ese pequeño aposento y no la perdeis de vista; tan malvada mujer y su infame cómplice no habrán de tardar en sufrir el condigno castigo á que se han hecho acreedores por

sus inauditos crímenes. (*Señala la primera puerta de la derecha.*)

CARLOT. (Estoy perdida.) (*Váse por la puerta indicada rodeada de agentes.*)

JUEZ. Mr. Gustavo Deperville, sois enteramente libre.

JUANA. ¡Ah, libre!

GUSTAVO ¡Mi adorada Juana!

SANTIAGO Hijos mios, hácia España falta gente.

JUANA. ¡Oh! sí.

GUSTAVO A nuestro paraiso.

PIETTRO. Y mi mujer á la horca.

FIN DEL DRAMA.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

DON VICENTE MIQUEL.

Que *Santiago de Monteleon* encontró en tí perfecto intérprete, bien supo demostrártelo el público al prodigarte sus entusiastas aplausos; que yo te debo mucho por el cariño con que has cuidado esta modesta obra, quiero hacerlo constar en letras de molde.

JOAQUIN.

La propiedad de las obras siguientes, pertenecen tambien á D. M. G.

	Actos.
Barcelona que rie y Barcelona que llora.	4
Carlota de Saint-Albert.	6
Cárlos de España.	4
Cataluña independiente	5
Digna de Deu.	3
Dramas de taberna.	5
El conde de Cabra, (*mágia*)	4
El pendon de Santa Eulalia.	3
El padre Gallifa.	3
El Infierno, (*mágia*).	4
El pirata negro.	4
Fueros y desafueros.	4
Garibaldi herido.	4
Juana Eyre.	4
La espada de Berenguer	3
La heroina de Barcelona	3
Los estranguladores.	5
Los pastorcillos Borrego y Bato.	5
La ley natural.	3
La redencion de un alma	3
Las faltas de los padres.	3
Los trescents del Bruch.	4
Los caballeros de la niebla.	10
La perla negra.	7
Los murciélagos.	8
Los secuestradores, (*zarzuela*).	3
La campana de Saint-Germain.	8
La hija de un pastor.	8
La nada entre dos platos	3
La jamancia de Barcelona.	5
La hija del obrero.	6
La independencia de Nápoles ó el pirata levantino.	5
La virtud aragonesa.	5
Los mohicanos de Paris	8
Los artesanos.	4
Mágica bufa	4
Mártires y delincuentes	4
Romansos.	3
Santa Isabel.	4
Vario, nubes y vientos.	3

EN UN ACTO.

Angels de Deu.
Ayuno forzoso.
Cédulas de vecindad.
Caminar per mal camí.
Deu té un bastó.
El camino del Parnaso.
El autor de mis dias.
Industria, comercio y artes
La perla de Badalona.
La madeixa dels embulls.
Las peras á cuarto.
La voz del deber.
Las hienas de Orán.
Mentir con suerte.
Nueva táctica.
¡¡R. I. P!!
¡Un crímen!
Un clau al pany.

Las obras que expresa este catálogo, el propietario se reserva la reclamacion que marca la ley de teatros ante los Tribunales, siempre que no demuestren el permiso del mismo ó de los representantes de la Galería El Teatro.